

30 cuentos
del Magreb

Jean Muzi

30 Cuentos del Magreb

Financiado por:



Jean Muzi

30 cuentos del Magreb

Ilustraciones de Frédéric Sochard

Traducción de Omar Emilio Sposito



www.solidaridad.org

902 15 23 23

Título original: *30 contes du Maghreb*.

Traducción del francés: Omar Emilio Sposito.

Ilustraciones de Frédéric Sochard.

Diseño de cubierta: Cryn Creativos, S. L.

Maquetación: Mercedes Esteban Meriel.

Impresión y encuadernación: Grafilur, S. A.

© Castor Poche Éditions Flammarion, 2003, para el texto y las ilustraciones

© Bakeaz, 2006, para esta edición

Santa María, 1-1.º • 48005 Bilbao • Tel.: 94 4790070 • Fax: 94 4790071

Correo electrónico: bakeaz@bakeaz.org • <http://www.bakeaz.org>

Este libro forma parte del proyecto de sensibilización de Nazioarteko
Elkartasuna/Solidaridad Internacional «El Magreb con ojos de mujer».

ISBN: 84-88949-80-4

Depósito legal: BI-2599-06

Este libro está impreso en papel 100% reciclado y libre de cloro.

Para mi madre

Prólogo



Situado al norte de África, el Magreb significa el Poniente para los árabes, y agrupa Marruecos, Argelia y Túnez. Los cuentos de este libro pertenecen a esta vasta región atravesada por la cadena montañosa del Atlas. Estos cuentos no conocen fronteras, ya que han viajado mucho y se pueden encontrar en diferentes versiones en todo el Magreb. Hasta tal punto que a veces resulta difícil saber si son marroquíes, tunecinos o argelinos.

Lugares de amor, de odio, de amistad, donde se relacionan y se enfrentan hombres, animales y seres fabulosos como los ogros y las vampiresas, los cuentos magrebíes tienen a menudo un carácter compensador. En ellos los débiles y oprimidos ganan a los poderosos gracias a la astucia o la inteligencia. En ellos se

habla de justicia y de equidad y se condenan la corrupción, los abusos de poder y la poligamia. Estos cuentos se burlan de la estupidez y elogian la generosidad.

He estudiado el inmenso fondo magrebí para elaborar este libro. Respetando siempre la estructura de los cuentos, he efectuado una nueva escritura de los textos de origen, que he contado con mis palabras.

Los treinta cuentos reunidos en este libro, todos portadores de una enseñanza, permitirán a los lectores descubrir un poco el alma del Magreb.

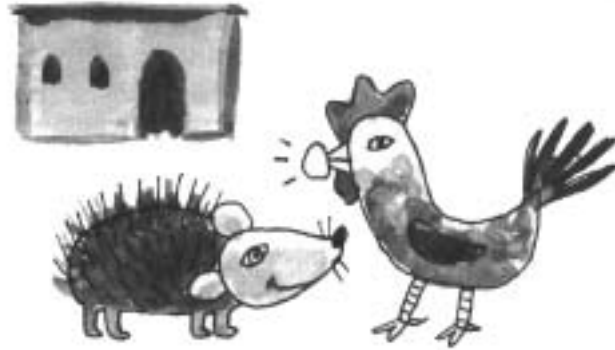
Jean Muzi

Y mi historia sigue el curso del ued...

1. La campesina, el erizo y el gallo



Marruecos



Un antiguo proverbio decía: «Cada uno es como es».
Este cuento lo demuestra.

Una campesina volvía a su casa llevando una enorme gavilla sobre la cabeza, cuando de pronto vio un erizo a la vera del camino. «Esto me servirá para acompañar el cuscús* que voy a preparar mañana», se dijo.

Con un movimiento rápido arrojó su carga a un lado y se puso a correr tras el animal. Cuando éste comprendió que no era lo bastante veloz para escapar, se enrolló sobre sí mismo. A pesar de los pinchazos, la mujer logró cogerlo. Acomodó aquella bola de púas entre las ramas de su gavilla y continuó su marcha con la carga sobre la cabeza. Al llegar a su casa, puso el erizo debajo de un gran tamiz¹ y colocó una piedra encima. Aquel día había una boda a la que estaban invitados todos los vecinos del pueblo. La mujer se arregló y se fue a la fiesta.

El erizo utilizó todas sus fuerzas para dar la vuelta al tamiz, pero tuvo que dejarlo por

imposible, ya que la piedra colocada encima de la alambreira era demasiado pesada para él. Se puso a gritar de rabia y después intentó imaginar la forma de salir de aquella situación. Así fueron pasando las horas. Cuando la campesina volvió de la boda, el animal estaba rígido y tendido patas arriba. La mujer creyó que estaba muerto, pero esto no le preocupó, ya que había comido mucho. Levantó el tamiz, cogió el erizo por una pata y lo arrojó entre los matorrales. El animal esperó sin moverse hasta que la mujer se fue, y luego huyó.

Uno de los gallos de la campesina lo había visto todo. A la mañana siguiente, picoteando entre las piedras del camino, encontró una bolita de ámbar² que una aldeana debía de haber perdido yendo hacia el aljibe, y creyendo que era comestible la tocó con el pico. Al ver que era muy dura, insistió golpeándola cada vez más fuerte. Fue así como la punta del pico penetró en la cuenta de ámbar, donde quedó atrapada. El pobre gallo ya no pudo ni

* El significado de las palabras señaladas con un asterisco, propias de la cultura magrebí, se encuentra en el glosario al final del libro.

1. Instrumento compuesto de un aro y de una tela de malla, a través de la cual se pasan algunas cosas, como la harina, para separar las partes sutiles de las gruesas.

2. Resina fósil, de color amarillo más o menos oscuro, dura y semitransparente, que se emplea para hacer las perlas del Magreb y de otros lugares.

comer, ni beber, ni cantar. Avergonzado por lo que le ocurría, permaneció escondido todo el día, hasta que el erizo lo descubrió y, burlándose de él, lo ayudó a liberar su pico.

—¡Con qué poco te das por vencido! —le dijo irónicamente.

—Puedo decir otro tanto de ti —replicó el gallo—. Lo que te pasó bajo el tamiz no es mucho mejor.

—Olvidas que con sus innumerables agujeros era mil veces más peligroso que la cuenta de ámbar, que sólo tiene uno.

—¡Qué va! Un agujero, cuando sólo se tiene un pico, equivale a mil agujeros cuando se tienen mil púas.



2. Las argucias femeninas



Marruecos



¿Acaso son más astutas las mujeres que los hombres?

Durante toda su adolescencia, Brahim oyó hablar de las argucias femeninas sin jamás haber sido víctima de una de ellas. A los veinte años, se empeñó en escribir un libro sobre el tema. Para ello, tenía que investigar y estudiar en una biblioteca. La de su ciudad era pequeña, pero aun así poseía varios millares de libros. El viejo bibliotecario se quedó pensando cuando Brahim le pidió lo que quería. Luego se dirigió hacia el depósito donde conservaba, bajo llave, los libros más valiosos de su biblioteca. Volvió con un polvoriento manuscrito del siglo XIV, *El libro de las argucias*, que trataba de la estrategia política de los árabes.

—No tengo ningún libro que hable realmente del tema que te interesa —dijo, disculpándose—. Pero, de todas formas, lee este manuscrito. Las argucias de los hombres se parecen a veces a las de las mujeres.

Brahim leyó atentamente el manuscrito y llenó varias hojas de notas. Decidió luego continuar sus investigaciones en otra parte. Una mañana, después de haberse despedido de sus padres y saludado a vecinos y amigos, se marchó a pie hacia el oeste, sin revelar a nadie las verdaderas razones de su viaje.

—Sólo quiero caminar hasta el océano para descubrir el país —se limitó a decirles.

Bajo el albornoz* había ocultado una fuerte suma de dinero que su padre le había dado y llevaba una bolsa de cuero, que su madre había llenado de dátiles, almendras y pan.

Iba de ciudad en ciudad, preguntando a los hombres que encontraba por el camino o que conocía en las fondas. Se detenía en las bibliotecas y no se marchaba hasta haber leído todo lo concerniente a las argucias femeninas.

Por la noche, frecuentaba los bares donde escuchaba hablar a los hombres mientras saboreaba a sorbitos un té a la menta bien caliente. Por orgullo, ninguno de estos hombres reconocía haber sido víctima de las pillerías de una mujer. Si alguien hablaba de su experiencia personal, no era sino para explicar de qué manera había sabido desbaratar las argucias de su propia mujer.

Brahim no se perdía una palabra de todo lo que le contaban. Ya tarde por la noche, cuando al fin se encontraba solo, sacaba su pluma y sus cuadernos, y escribiendo con letra pequeña, liberaba su memoria.

Tras dos años de viajes, había reunido tanta información sobre las argucias femeninas que pudo por fin emprender el camino de regreso. Llegó a una gran ciudad rodeada de altas murallas de color ocre. Las calles estaban animadas. Se fundió en la densa multitud y llegó al zoco,* donde comió antes de buscar una fonda.

Al girar por una calle, oyó que alguien lo llamaba. Alzó la cabeza y percibió a una muchacha asomada a una ventana.

—Tengo ropa vieja para vender —le dijo ella.

—No soy ropavejero —respondió Brahim.

—Perdona, creí que eras el que pasa cada mañana. Pero, entonces, ¿cuál es tu oficio?

—Ninguno por el momento. Hace dos años que estoy viajando para juntar información sobre las argucias femeninas.

—¿Y eso para qué?

—Pienso escribir un libro sobre el tema. Mi objetivo es aconsejar a los hombres que van a casarse.

—Así pues, ¿eres capaz de descubrir las argucias de cualquier mujer?

—¡Sí!

—¿Piensas casarte algún día?

—Apenas haya encontrado a una mujer que me guste.

—¿No querrías casarte conmigo? —dijo de repente la muchacha.

—Eres tan bonita que sería un estúpido si no aceptara. Pero ¿por qué no te has casado aún?

—Sencillamente porque mi padre espanta a todos mis pretendientes dando una imagen poco atractiva de mí. Figúrate que les hace creer que soy sordomuda.

—Pero si él no quiere que te cases, ¿cómo lograré convencerle?

—¡Pues es muy sencillo! Ve a verle a su joyería y pídele mi mano. Cuando te diga: «Mi hija es sorda», respóndele: «La quiero tal cual es». Cuando te diga: «Es muda», respóndele: «La quiero de todas formas». Y, diga lo que diga, mantente firme. Y no te preocupes, has tenido la suerte de verme y sabes que no tengo ninguna enfermedad.

—¿Dónde se encuentra la joyería de tu padre?

—En la calle principal, cerca de Bab Jedid.* Es la más grande, no puedes equivocarte.

Brahim salió para allá sin perder ni un minuto.

—*As salam ou alikoum** —dijo, al entrar en la joyería.

—*Alikoum salam** —respondió el joyero—. ¿En qué puedo servirle?

—Vengo a pedirle la mano de su hija...

—Antes que nada, debo decirle que mi hija es sorda —dijo tristemente el padre.

—La quiero tal cual es.

—También debe usted saber que es muda.

—La quiero de todas formas —dijo Brahim.

Los dos hombres se pusieron de acuerdo sobre la dote* y los otros términos del contrato. Unas semanas después, se celebró la boda. La novia permaneció todo el día oculta bajo un enorme velo. No fue hasta la noche, después de la fiesta, cuando se encontró a solas con ella, que Brahim descubrió que su mujer era realmente sordomuda y que no se había casado con la muchacha que le había hablado desde la ventana. Profundamente disgustado, huyó y anduvo errando por la ciudad sin comer durante dos días y dos noches antes de recobrar un poco de ánimo para ir a pedir explicaciones a la que se había hecho pasar por

la hija del joyero. La encontró asomada a la ventana, como la primera vez.

—Me hiciste creer que querías casarte conmigo sólo para burlarte de mí —le recriminó el muchacho—. ¿Por qué actúas así?

—Pretendías poder descubrir todas las argucias femeninas —le dijo sonriente—. Sólo quería demostrarte que estabas equivocado.

—Ayúdame a separarme de esa mujer sordomuda.

—Consigue un viejo tamboril y un burro famélico. Luego, obliga a tu mujer a ponerse unos harapos,¹ haz que monte sobre el burro y pásela por la calle de la joyería de su padre, dándole fuerte al tamboril. Cuando alguien se cruce en vuestro camino, le pides limosna.

—Eso es imposible —respondió indignado Brahim.

—Sigue mis consejos si quieres librarte de verdad de tu mujer. Tu suegro reaccionará apenas se entere de que estás mendigando con tu mujer, y todo se arreglará.

Como Brahim no tenía elección, acabó por seguir los consejos de la muchacha. La reac-

1. Prenda de vestir vieja, rota o sucia.

ción del suegro fue inmediata, ya que fue a ver a su yerno esa misma noche.

—Soy un comerciante conocido y respetado —le dijo, muy enfadado—. No soporto que deshonres a mi familia. Te ordeno que te divorcies ahora mismo.

Haciendo valer sus derechos, Brahim fingió no estar de acuerdo.

—¿Qué tiene de malo andar mendigando? Ése es mi oficio.

—No me habías dicho que ibas a convertir a mi hija en una mendiga.

—Tendrías que haberlo comprendido tú solo. Aparte de mendigar, ¿en qué otra cosa puede ayudarme?

—¡Qué tonto he sido dándole mi hija a cualquiera! —se lamentó el padre.

—Ahora es mi mujer y hago lo que quiero con ella.

—Acepta pues el divorcio.

—He gastado todos mis ahorros en esta boda.

—Te devolveré tu dote y todo el resto.

—No es suficiente.

El joyero tuvo que agregar una fuerte suma de dinero para obtener lo que quería. El cadí*

pronunció el divorcio al día siguiente. Brahim abandonó la ciudad sin despedirse de la bella muchacha, pues temía ser otra vez víctima de sus argucias.

Volvió a su ciudad natal sin problemas. Su familia y sus amigos se alegraron de volver a verlo sano y salvo tras una ausencia tan larga. Hasta un año después no se enteraron de las verdaderas razones de su viaje. En el último capítulo de su libro contaba de qué manera se había casado con una mujer sordomuda y cómo se había divorciado, confirmando así que ningún hombre puede desbaratar las argucias femeninas.



3. El asno, el campesino y su hijo



Túnez



Hagas lo que hagas, siempre habrá quien te critique.

Un campesino tenía un viejo asno. Como ya no le servía para nada, decidió venderlo.

Una mañana, montaron él y su hijo sobre el animal y salieron hacia el zoco.*

—Si os subís los dos encima de ese pobre animal, lo mataréis —les dijo un vecino.

El campesino se apeó y se puso a caminar detrás del asno. Un poco más adelante, unos aldeanos los señalaron.

—¡Qué vergüenza, el viejo a pie y el joven montado en el asno!

El muchacho cedió inmediatamente su lugar al padre, pero éste era muy gordo y el burro flaquísimo. Se cruzaron con una mujer que iba con su hija.

—Mira —dijo la mujer—, ese pobre asno carga con un hombre más pesado que él. Morirá antes de llegar a su destino.

Unos instantes más tarde, el campesino se detuvo cerca de un árbol al borde del camino. Su hijo lo ayudó a cortar unas ramas, que pusieron bajo el vientre del animal. Lo levantaron y llevándolo así siguieron su camino. Fueron el hazmerreír de todos los que los veían.

—¡Pero dónde se ha visto eso, es el mundo al revés! ¡No son los asnos los que llevan a los

hombres, sino los hombres los que llevan a los asnos!

Entonces el campesino le hizo señas a su hijo para que bajara el animal. Los dos hombres descansaron un momento y el padre dijo:

—Hijo mío, hagamos lo que mejor nos parezca y dejemos de escuchar lo que dice la gente.

—¡Tienes razón! Hagamos lo que hagamos, siempre habrá alguien que nos critique.

De modo que se montaron los dos sobre el asno y siguieron su camino hasta el zoco, donde lo vendieron.



4. Los dos ladrones y la mantequilla



Argelia



Hay lugares donde es mejor no reñir.

Una noche, dos ladrones penetraron en la tienda de campaña de un hombre mientras éste dormía. Allí hallaron una tinaja y la abrieron para ver qué había dentro.

—Es mantequilla fresca —dijo el primero, tras probarla.

—No, esta mantequilla está rancia —replicó el otro.

La volvieron a probar. Como cada uno quería tener razón, el tono fue subiendo y comenzaron a gritar. Esto despertó al dueño de la tienda de campaña, quien cogió un palo y les zurró, logrando así que se pusieran de acuerdo. Tuvieron que huir de allí sin poder llevarse la mantequilla.



5. El león y el dromedario



Argelia



Un animal carnívoro hambriento no suele cumplir con su promesa cuando siente hambre.

Unos cazadores habían organizado una batida y estaban persiguiendo a un león. La bestia estaba agotada por no haber comido nada desde la mañana. A lo lejos pasaba un dromedario. El león decidió dirigirse hacia él.

—No temas —le dijo al verlo temblar—, sólo necesito un escondite para que no me encuentren los cazadores que me vienen persiguiendo.

El dromedario solicitó al rey de los animales que prometiera no devorarlo. Como éste último no tenía otra posibilidad, juró no hacerlo nunca. A cambio de ello, el dromedario le prestó su refugio. El león fue a esconderse allí y los cazadores, que le habían perdido la pista, daban vueltas y más vueltas. Pasaron varias veces al lado del dromedario y uno de ellos acabó por preguntarle:

—¿No habrás visto tú un león por aquí?

—De haberlo visto hubiese salido corriendo, pues no quiero que me devoren.

El dromedario dejó que los cazadores se alejaran, y después llamó al león.

—Ya puedes salir, tus enemigos se acaban de marchar.

El rey de los animales salió con cuidado de su escondite y fue hasta donde estaba su salvador para agradecerse. Pero tenía tanta hambre que olvidó su promesa. El león se relamió frente al festín que tenía ante él, y el dromedario comprendió que estaba en peligro.

—No te acerques —dijo al león—. Recuerda que fui yo quien te salvó la vida y que prometiste no comerme jamás.

—Exacto, pero no hablaba de la joroba que llevas encima de tu lomo.

—Y sin embargo forma parte de mi cuerpo.

—¡Qué va! —le respondió el león.

—¡Pues claro que sí! —replicó el dromedario—, y para que te convenzas de ello, te propongo que se lo preguntemos a los demás animales. Si están de acuerdo contigo, y en ese caso solamente, podrás comerte mi joroba.

El león aceptó el trato y se pusieron en camino. Se toparon con un asno y le plantearon el problema.

—Las cargas que llevo sobre el lomo no forman parte de mi cuerpo —declaró el borrico—. ¿Por qué tendría que ser de otra manera para el dromedario?

—Ya ves que llevo razón —rugió el león.

—Consultemos a otro más —le suplicó el dromedario.

Tras despedirse del asno, se encontraron con un mono y lo interrogaron.

—Sólo llevo en mi lomo a mis pequeños, y ellos forman parte de mí. Ocurre lo mismo con el dromedario y con su joroba, que son todo uno.

—Este mono está diciendo cualquier cosa —afirmó el rey de los animales.

Poco después, un lobo quiso escucharlos. Se lo pensó y dijo:

—Siempre debemos cumplir nuestra palabra si queremos ser respetados. Aquel que desea comerse una parte del dromedario parece haberlo olvidado y no se merece que lo respeten.

Consciente del riesgo que corría por sus palabras, el lobo salió huyendo. El león fue tras él, pero no pudo atraparlo. En cuanto al dromedario, aprovechó la ocasión para alejarse rápidamente de allí, y abandonó definitivamente la comarca.



6. El felá testarudo



La testarudez no conduce a nada.

Un felá* tenía la reputación de ser un hombre testarudo. Una tarde se encontró con un vecino, a orillas del ued.*

—Me han robado mis aperos de labranza —le dijo el vecino tras haberlo saludado—, ya no me queda nada con que segar el trigo. ¿Podrías prestarme una hoz?

—La hoz no es adecuada para hacer ese trabajo. Será mejor que utilices un par de tijeras.

—No te burles de mí, nadie ha podido segar jamás con un par de tijeras.

—¡No lo creas! —insistió el otro—, conozco a muchos campesinos que lo hacen así.

Las cosas se pusieron feas y los dos hombres comenzaron a pelearse. Durante la reyerta, el felá testarudo resbaló y se cayó al agua. Ninguno de los dos sabía nadar. El felá testarudo resistió unos instantes en el agua bajo la impotente mirada de su vecino, que no podía ayudarlo sin correr el riesgo de ahogarse él también. A continuación se hundió, y antes de desaparecer completamente, su mano derecha emergió de las aguas. Los dedos índice y corazón se movían, simulando las hojas de unas tijeras cortando el trigo. ¡Sostuvo que podía uno segar con las tijeras hasta el último suspiro!



7. El gorrión



Marruecos



**¿Qué puede el frío contra el fuego, la noche contra el sol,
las tinieblas contra la luna?**

Era invierno. Como cada año, el monte Tubkal* se había puesto su primer albornoz blanco y las demás cimas del Atlas* empezaban a imitarlo. Aquella mañana, un gorrión andaba buscando qué comer en las callejuelas de un pueblo. Acabó por encontrar un trozo de pan seco delante de una casa de adobe.¹ Lo cogió y se fue para su nido para compartirlo con su gorriona. Pero una tormenta le sorprendió en el camino. Tuvo que luchar contra el frío y el viento. Los enormes copos de nieve se pegaban a sus plumas, entumeciéndole las alas y obligándolo a refugiarse en un cedro. Protegido por el ramaje del árbol, se quedó mirando los torbellinos de nieve antes de resignarse a abandonar el trozo de pan que se llevó la tormenta.

—Imploro tu poder, oh, nieve —dijo el pájaro.

—Soy menos poderosa que el sol, que sólo con mirarme hace que me funda —respondió la nieve.

—Imploro tu poder, oh, sol —pió el gorrión.

—Soy menos poderoso que la nube que detiene mis rayos cuando se pone delante de mí —declaró el sol.

—Imploro tu poder, oh, nube —agregó el ave.

—Soy menos poderosa que el viento que me aleja apenas comienza a soplar —explicó la nube.

—Imploro tu poder, oh, viento —insistió el gorrión.

—Soy menos poderoso que el muro que me impide pasar —respondió soplando el viento.

—Imploro tu poder, oh, muro —dijo el obstinado gorrión.

—Soy menos poderoso que la rata, que puede abatirme con sólo roerme —se excusó el muro.

—Imploro tu poder, oh, rata —repitió el pájaro.

—Soy menos poderosa que el gato, que puede eliminarme de un zarpazo —le explicó la rata.

—Imploro tu poder, oh, gato —pronunció el ave.

—Soy menos poderoso que el galgo, que puede destrozarme con sus dientes afilados —maulló el gato.

1. Masa de barro mezclado a veces con paja, moldeada en forma de ladrillo y secada al aire, que se emplea en la construcción de paredes o muros.

—Imploro tu poder, oh, galgo —gritó el gorrión.

—Soy menos poderoso que el palo, que puede romperme el lomo —ladró el galgo.

—Imploro tu poder, oh, palo —insistió el pájaro.

—Soy menos poderoso que el fuego, que con la ayuda de una sola chispa puede convertirme en cenizas —reconoció el palo.

—Imploro tu poder, oh, fuego —dijo gritando el ave.

—Soy menos poderoso que el agua, que puede apagar me —le confió el fuego.

—Imploro tu poder, oh, agua —chilló el gorrión.

—Soy menos poderosa que el buey, que me bebe para calmar su sed —murmuró el agua.

—Imploro tu poder, oh, buey —agregó desgañitándose el pájaro.

—Soy menos poderoso que el cuchillo que me degüella —mugió el buey.

—Imploro tu poder, oh, cuchillo —suplicó el gorrión.

—Soy menos poderoso que el herrero que me calienta y me forja en su yunque —respondió el cuchillo plañidero.

—Imploro tu poder, oh, herrero —dijo el pajarillo.

—Soy menos poderoso que la muerte, que me llevará cuando llegue mi hora —le contestó el herrero estremecido.



8. La astucia del erizo



Marruecos



El erizo se enrolla y eriza sus púas cuando algún peligro acecha, pero sabe también ser muy astuto cuando se trata de salir de un lío.

Un felá* había cebado un cordero durante varios meses. Al llegar la fiesta de la Aid el Kebir* lo degolló. El animal estaba tan gordo que el felá y su familia no pudieron comérselo todo. Trincharon, salaron y secaron al sol el resto, y después lo colocaron en una gran vasija.

Un día, al ir a buscar un poco de carne, la mujer del felá vio que algunos trozos comenzaban a cubrirse de moho. Decidió pues sacar la vasija al sol para que la carne se secara y desapareciera el moho, y siguió ocupándose de las tareas domésticas.

Un chacal y un erizo que pasaban por allí husmearon la carne.

—He aquí la ocasión de comer bien —dijo el chacal.

Apoyó las dos patas delanteras en el borde de la vasija, metió la cabeza dentro y devoró varios trozos de carne.

—¿Está buena? —preguntó el erizo.

—Está buenísima y me encanta, aunque esté un poco salada.

—Me gustaría probarla.

—¡Acércate y come!

—Soy demasiado pequeño para poder alcanzar la carne.

Entonces el chacal, ya saciado, cogió a su compadre por una pata y lo metió dentro de la vasija. El erizo pudo entonces comer él también a gusto. Cuando hubo acabado, llamó al chacal.

—Ya he terminado —le dijo—. Ayúdame a salir de aquí.

—¡Eso sí que no! Tú me has hecho malas jugadas y ha llegado el momento de vengarme. Te quedarás en la vasija y peor para ti si la carne de erizo es muy apreciada por los felás.

—Ya que estoy condenado a una muerte segura, te voy a hablar de un gran tesoro a condición de que te comprometas a compartirlo con mi hijo.

—¡Sí, con tu hijo, lo juro! —exclamó el chacal.

—Acércate —agregó el erizo en voz baja—, voy a indicarte dónde está enterrado.

El chacal metió la cabeza en la vasija. Inmediatamente el erizo le clavó los dientes en la oreja, sin soltarlo. A causa del dolor, el chacal retrocedió brutalmente, liberando así a su compadre.

Gracias a su astucia, el erizo se salvó. Se alejó del lugar sin despedirse del chacal y juró

no verlo nunca más. El felá y su mujer no supieron nunca quién se había comido la carne de la vasija.



9. La esposa del sultán



Túnez



Poderoso o miserable, difícilmente renuncia uno al amor.

Un sultán* se había casado con una mujer bella e inteligente. Pero ésta tenía un defecto: se pasaba el día dando consejos a todo el mundo. Sus observaciones, a menudo muy justas, habían obligado al rey, en varias ocasiones, a corregir sus decisiones, a pesar de la humillación que esto representaba para él. La última vez que había ocurrido un incidente de este tipo, el rey había reaccionado duramente.

—Yo soy el amo del reino, el señor de mis súbditos —le recordó—, y tú no estás autorizada a ocuparte de ellos ni a darles consejos contrarios a mis decisiones. Recuérдалo si no quieres ser repudiada.*

La esposa del sultán se vio obligada a respetar la prohibición real. Pasaron muchos meses sin que hubiera el mínimo incidente por su causa.

Una noche, un hombre que cabalgaba sobre una yegua se detuvo cerca del palacio real junto a su compañero de viaje, que lo seguía en una burra. Ataron sus monturas a dos higueras. Los árboles estaban cerca y sus ramas se unían, formando así un refugio ideal para pasar la noche. Los viajeros se instalaron

bajo el espeso follaje tras haber cogido algunos higos que completaron su cena. El propietario de la yegua propuso a su compañero montar guardia por turnos durante la noche, pero éste se negó.

—El hombre rico —explicó— debe dejar al pobre lo que le queda y no puede privarlo de sueño.

El amo de la yegua no insistió y se quedó velando solo las dos monturas mientras su compañero dormía a pierna suelta. Luchó contra el sueño durante algunas horas, pero acabó quedándose dormido. Durante la noche, la yegua y la burra parieron. Al amanecer, el frío despertó al propietario de la burra. «Mi albornoz* no es lo bastante abrigado», pensó, mientras se levantaba.

La noche era clara, de modo que pudo ver al potrillo y al borriquito cerca de sus respectivas madres. Buscó con la mirada a su compañero y sonrió al ver que dormía. «Voy a aprovechar para apoderarme del potrillo», se dijo. Se levantó sin hacer ruido, cogió el borriquito y lo dejó al lado de la yegua, para luego coger al potrillo, que confió a la burra. Volvió a su sitio tras cerciorarse de que su compañero

seguía durmiendo. Se acostó, tiró de la capucha de su albornoz para protegerse del frío y, muy satisfecho, se durmió.

El sol ya estaba alto cuando el rebuzno de la burra despertó a los dos hombres. El potrillo seguía al lado de ella, y el borriquito cerca de la yegua. El dueño de ésta quedó muy sorprendido y propuso a su compañero restablecer la situación, pero éste rechazó la propuesta.

—El potrillo es mío y el borriquito es tuyo —dijo.

El asunto llegó hasta el sultán. Numerosos eran los querellantes el día de la audiencia, por lo que nuestros viajeros debieron esperar mucho antes de que los recibieran. Cuando les tocó a ellos, expusieron el problema. El monarca los escuchó, reflexionó un instante, y tomó una decisión que sorprendió a todo el mundo.

—Cada cría debe quedarse con la hembra más cercana en el momento de despertaros.

El propietario de la burra se fue pues con el potrillo. Escandalizado, el dueño de la yegua se sentó cerca del palacio real lamentándose.

—¡Maldita sea la noche en la que me quedé dormido! ¿Cómo podré recuperar mi potrillo, ahora que el rey se lo ha dado al otro?

Estos lamentos llegaron hasta la esposa del sultán. Se asomó a una de las ventanas y lo vio.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó.

El hombre le contó su desgracia y, a pesar de la prohibición real, la mujer no pudo evitar darle inmediatamente un consejo.

—El viernes próximo —le dijo—, quédate delante de la mezquita tras la gran plegaria. Cuando el rey salga de allí con su séquito, grita con todas tus fuerzas: «He cosechado cebada cuando había sembrado trigo y mi yegua ha parido un borrico». Al escucharte, el sultán pedirá a sus guardias que te hagan llegar hasta él. Entonces, harás todo lo que puedas para convencerlo de que tenga a bien dejar la yegua, el burro y las dos crías en la plaza del mercado un día que se halle vacía.

El hombre siguió su consejo. El viernes siguiente el hombre se quedó a la salida de la mezquita y se puso a gritar tan fuerte que se formó un círculo de curiosos alrededor de él. El rey, sorprendido por aquellas palabras, ordenó al jefe de su guardia que lo trajera ante él. El hombre contó su historia y suplicó al sultán que tuviera la bondad de dejar las cuatro bestias en la plaza.

—Alá* decidirá si el potrillo pertenece a la yegua o a la burra...

—¿Y cómo sabremos cuál es su decisión?
—preguntó el rey.

—Bastará con observar los animales, Majestad.

Algunos días más tarde, soltaron las cuatro bestias al mismo tiempo en la plaza. La yegua se fue trotando por un lado y la burra por otro. Sin dudarle ni un instante, el potrillo marchó detrás de la primera, mientras que el borriquito corría tras la burra, tras lo cual la yegua lanzó un largo relincho, al que respondió su dueño con un grito de satisfacción. Entre la multitud reunida en la plaza se escucharon los yuyús* de las mujeres y las exclamaciones de alegría de los hombres y de los niños, satisfechos de que el buen orden hubiese sido respetado.

El monarca se enteró por un eunuco* de que su esposa había vuelto a prodigar sus consejos. Aquello le sentó tan mal que no se limitó, como la primera vez, a reprochárselo.

—Te había prohibido que ayudaras a mis súbditos y me has desobedecido. Me veo obligado por ello a repudiarte. Dejarás el palacio durante la noche y volverás a casa de tus

padres. Te autorizo a llevarte tu bien más precioso.

La pobre mujer regresó a sus aposentos con la cabeza gacha. La decisión del sultán le dolía más aún porque ella lo quería apasionadamente. Consiguió un soporífero¹ y mandó llamar a la cocinera del rey. A cambio de algunas monedas de oro, ésta aceptó poner un poco de droga en la cena del monarca. Cuando éste se hubo dormido, lo encerró en un cofre, que hizo cargar en un dromedario. La mujer repudiada abandonó de inmediato el palacio con su preciosa carga y volvió a casa de sus padres acompañada por sus sirvientes más fieles.

El cofre en el que se hallaba el sultán fue depositado en el cuarto de la mujer repudiada. El efecto del soporífero duró hasta el día siguiente por la mañana. El rey se despertó y se preguntó qué le ocurría. «Han debido de secuestrarme y probablemente me asesinen para quedarse con el trono», se dijo con temor. Comenzó a tamborilear la tapa del cofre con ansiedad hasta que la mujer repudiada escuchó el ruido sordo de los golpeitos y lo liberó.

1. Que provoca sueño.

—Has hecho que me secuestren —gritó al reconocerla—. Este acto insensato te costará muy caro.

—No hice más que llevarme el más precioso de mis bienes, como tú me habías autorizado a hacer. Eres lo que más quiero en el mundo —dijo la mujer con lágrimas en los ojos mientras tomaba tiernamente la mano del sultán, besándola.

Estas palabras conmovieron al rey. «Es una locura renunciar a su amor y al que siempre he sentido por ella», se dijo, lamentándose por haberla repudiado.

—Te perdono y te pido que regreses conmigo al palacio, donde volverás a ocupar el sitio que nunca deberías haber dejado, declaró el monarca.

Así regresaron al palacio real, donde el sultán organizó una fiesta para celebrar aquella felicidad renovada que duró varias semanas.



10. El mal aliento



A veces es mejor no responder a una pregunta difícil.

El león había estado enfermo. Apenas se hubo mejorado, convocó al dromedario, al asno y al chacal.

—Me han dicho que vosotros tres tenéis un olfato excelente.

—Eso es cierto —se apresuró a decir el asno.

—Entonces, acércate y dime si tengo buen aliento —le ordenó el rey de los animales abriendo su boca.

El asno olfateó el aliento fétido del león y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Apestas! ¡Por poco me ahogo!

—¿Cómo te atreves a calumniarme? —rugió el león—, y de un zarpazo lo desnucó.

Luego se volvió hacia el dromedario, haciéndole señas de que se acercara.

—Dime si tengo buen aliento.

El dromedario reprimió una mueca de disgusto, pero no pudo contener una náusea.

—Tu aliento huele bien: una mezcla de ámbar y de jazmín.

—Te estás burlando de mí —respondió el carnívoro, antes de desnucarlo.

El temor comenzaba a invadir al chacal.

—Ahora te toca a ti decir lo que piensas —ordenó el león.

El chacal se acercó. Husmeó su aliento y fingió estornudar.

—Estoy algo constibado —dijo, con voz tomada—. Berdona, bero no huelo nada de nada.

—Tú siempre sabes cómo salvarte —le dijo sonriendo el rey de los animales.

Y el chacal pudo volver tranquilamente a su madriguera.



11. Un día de suerte



Marruecos



Los jueces no siempre son equitativos, pero a veces
demuestran tener humor.

Una mujer encontró un día una bolsa llena de monedas mientras barría la puerta de su casa. Dejó la escoba y se marchó al zoco* para comprar un cordero.

A pesar del calor, del polvo y del olor desagradable de los animales, recorrió lentamente el corral en el que se hallaban. Al final eligió un carnero de cuernos muy largos. Le tocó el vellón de lana para ver si estaba tan gordo como pretendía el vendedor. Se puso a regatear el precio, fingió marcharse, volvió, regateó nuevamente y terminó pagando. Regresó a su casa llevando el carnero de una cuerda y lo ató a una estaca en el jardín que se encontraba detrás de su casa.

Unos días más tarde, un chacal pasó por allí. Se relamió pensando en el carnero. «Alá* es muy generoso al ofrecerme tal festín», se dijo. Tras saltar el cerco, se lanzó sobre el carnero y se lo comió. La mujer vio desde su ventana al chacal en plena comilona. Le gritó, pero era demasiado tarde.

Luego fue a ver al cadí* para ver si obtenía alguna reparación.

—Dime de qué se trata —le dijo el juez.

—Estaba yo barriendo delante de mi puerta...

—Tienes mucha razón. Hay que mantener limpio el hogar y sus alrededores —le dijo el cadí.

—... cuando me encontré una bolsa llena de monedas.

—Era tu día de suerte.

—Con el dinero me compré un carnero.

—Era el de la Aid el Kebir.*

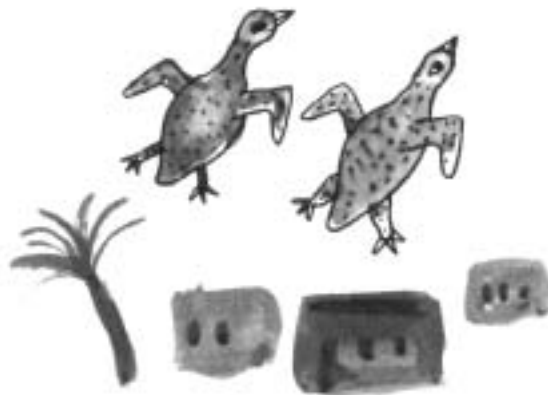
—Unos días más tarde, un chacal, maldito sea, se lo comió.

—Era su día de suerte y no el tuyo —dijo el cadí sonriendo.

La mujer, sintiéndose desairada, se marchó sin agregar palabra.



12. El cadí y las perdices



Este cuento fustiga¹ la corrupción y los abusos de poder.

1. Censurar, criticar con dureza.

Un cazador había matado dos bellas perdices. Las desplumó, las limpió, las puso en un plato y agregó ajo, cebolla, especias y patatas, y a continuación las llevó hasta el horno de su pueblo. Le pidió al hornero² que no las cociera demasiado para evitar que la carne se secara.

—No te preocupes, tendré cuidado de que las perdices queden bien doradas y en su punto.

Ese día, el cadí* pasó cerca del horno y se sintió atraído por el delicado aroma que salía de allí.

—¿Qué es lo que estás cociendo que huele tan bien? —preguntó al hornero.

—Dos bellas perdices que un cazador ha tenido la suerte de matar esta mañana.

—Huelen tan bien que se me hace la boca agua. Vas a tener que dárme las.

—Pero estas perdices no me pertenecen —dijo, turbado, el hornero.

—Haz lo que te digo si no quieres que mande cerrar tu horno —replicó duramente el cadí.

—¿Y qué explicación voy a darle yo al cazador?

—Le dirás que cuando ibas a sacar las perdices del horno salieron volando.

—Nunca me creará.

—Arréglatelas para convencerlo y si no lo logras, ven a verme con él.

El cadí se llevó las perdices junto con dos barras de pan. Un momento más tarde llegó el cazador.

—Tus perdices salieron volando —trató de explicarle el hornero.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Cómo podrían salir volando dos aves que cacé esta mañana?

La discusión fue subiendo de tono y el cazador se volvió amenazante.

—Si no me crees, vayamos a ver al cadí y que él decida —propuso finalmente el hornero. Y así lo hicieron.

—Este hombre —dijo el cazador quejándose— pretende que las dos perdices que cacé y que se estaban cociendo en su horno salieron volando. ¿Cómo puede ser?

—La respuesta está en el libro —declaró el cadí.

2. Persona que tiene por oficio cocer pan y templar para ello el horno.

Abrió el Corán* que tenía delante, lo hojeó y se detuvo algunos instantes en una página.

—Tus perdices salieron volando gracias a la intervención de Alá.* Gloria a Él, que resucita a los muertos —dijo, y leyó un versículo* sobre la resurrección.³

El cazador no era tonto. Sin embargo, tuvo que retirarse sin hacer el menor comentario y sin la mínima protesta.

Unas semanas más tarde, el hornero acabó por explicarle que el juez le había amenazado para que le entregara las dos perdices.

—No sólo no recibí nada por haber cocido tus dos perdices sino que además perdí dos barras de pan que el cadí se llevó sin pagar.



3. Regreso de la muerte a la vida.

13. El chacal y la cabra



Argelia



La razón del más fuerte no siempre es la mejor.

El chacal y la cabra se habían asociado. Compraron un campo, lo labraron y cultivaron alubias.

Cuando llegó el verano, se vieron obligados a regarlo. Pero su campo estaba sobre el flanco de una colina y ninguna acequia podía llegar hasta allí. La cabra transportó el agua desde el ued* hasta el campo. Llevaba unos enormes cántaros llenos de agua en los cuales se servía el chacal para regar tranquilamente cantando.

La cosecha fue abundante. El chacal decidió hacer el reparto. Quiso quedarse con tres partes y dar una sola a su socia. La cabra rechazó esta oferta. Como el chacal no daba su brazo a torcer, la cabra se dirigió al cadí.*

—El chacal quiere robarme —dijo, quejándose.

—¿Por qué debería darle a ella la mitad de la cosecha cuando fui yo quien se deslomó para llevar el agua? —respondió el chacal.

—¡Vosotros lo habéis oído cantar! —exclamó la cabra.

—Así es —respondieron los testigos.

—Quienes transportan enormes cántaros de agua hacen un esfuerzo tan grande que no pueden ir cantando —añadió la cabra.

—Tienes razón —dijo el cadí.

—Era yo quien transportaba el agua cada día desde el ued hasta el campo —prosiguió la cabra—, y no el chacal, contrariamente a lo que pretende. Él sólo regaba cantando.

El cadí ordenó hacer un reparto equitativo.

—Debéis coger la mitad cada uno —dijo.

El chacal fingió aceptar la decisión del juez. Pero cuando regresaron al campo no quiso saber nada. Entonces la cabra fue a buscar a su amigo el galgo, que aceptó esconderse en una bolsa que dejó al borde del campo. El chacal creyó que se trataba del almuerzo que la cabra solía preparar para los dos. Se acercó para servirse. Apenas vio los colmillos del galgo, repartió la cosecha de manera inversa: una parte para él y tres para la cabra. Y agregó:

—Has trabajado tan duro que esto es lo justo.



14. Los dos hermanos y el cordero



Marruecos



Aquí nos burlamos de la estupidez.

Dos hermanos planeaban robar un cordero. Localizaron un rebaño vigilado por un pastor que no tenía perros. El más joven trepó hasta donde estaban los animales y se mezcló entre ellos mientras su cómplice, escondido detrás de unos matorrales, permanecía al acecho.

—¿Cojo un animal con cuernos o sin cuernos? —gritó el primero.

—Elige uno con grandes cuernos para utilizarlos de mango para nuestros cuchillos —respondió el otro.

El pastor los oyó. Pidió ayuda a los hombres del aduar* vecino, quienes llegaron enseguida. Cogieron al ladrón que se hallaba entre los corderos y lo molieron a palos. Cuando intentaba huir, recibió un golpe en la cara y se puso a sangrar por la nariz.

—¡Qué sangre más negra tiene! —dijo uno de los campesinos.

—Eso es porque ha comido muchas moras —explicó el ladrón escondido detrás de los matorrales.

Así pudieron cogerle a él también y entregarlo, junto con su hermano, a las autoridades.



15. El chacal y el perdigón



Argelia



El chacal tiene muchos enemigos porque suele jugar malas pasadas a los otros animales. Pero a veces también sabe hacer amigos.

Un día, un chacal vio un perdigón que estaba picoteando un árbol y se le acercó. El perdigón lo oyó y voló hasta una rama.

—No temas —le dijo el chacal—, sólo quería hablar contigo.

—Te escucho pues.

—Pareces siempre muy serio, y me preguntaba si te gustaba reír o hacer reír a los demás.

—Sí —respondió el perdigón—, de lo contrario mi vida sería muy triste. Pero tú también pareces muy serio.

—Si hago bromas pesadas a los otros animales es porque me gusta divertirme y reírme de ellos. A veces también hago reír a los demás a mi pesar y eso no me gusta nada.

—Quizás seas demasiado susceptible.

—Es posible. Pero apuesto a que tú no eres capaz de hacerme reír tanto como yo a ti.

—Puedo probarte lo contrario —respondió el perdigón, a quien le gustaban los desafíos.

Condujo al chacal hasta un campo vecino en el que trabajaban dos felás.*

—Escóndete detrás de esa palmera y fíjate en lo que hago.

El perdigón fue a posarse sobre la cabeza de uno de los hombres.

—No vayas a moverte si no quieres perder el excelente almuerzo que tenemos —le dijo su compañero.

Se acercó lentamente alzando su azada para matar al pájaro. Pero éste salió volando y el felá recibió tal golpe en la cabeza que cayó desmayado. El chacal, al verlo caer, lanzó una carcajada.

—¿Has visto? —le dijo el perdigón ya junto a él.

—Nunca me he reído tanto —reconoció el chacal.

Los dos compadres se alejaron rápidamente y fueron recorriendo la comarca. El ued* no estaba aún completamente seco y pudieron beber un poco de agua. Llegaron luego a un bosque de eucaliptos en el que penetró el chacal, mientras que el perdigón sobrevoló los árboles hasta encontrar un claro, donde esperó a su amigo. El chacal había aminorado el paso para gozar del frescor del bosque.

—¡Por aquí! —le gritó el pájaro al oír crujir las hojas secas bajo las patas del chacal.

El pájaro se había posado sobre una roca blanca, cerca de la cual el chacal vio un trozo de carne.

—No tiene muy buena pinta, ¿verdad?

—No sé nada de carne —respondió el perdigón.

El chacal la husmeó y la tocó con su pata. Era una trampa. Apenas la hubo tocado, ésta se cerró, quedando el animal cogido por la pata. El perdigón se acercó para tratar de liberarlo, pero no pudo hacer nada. Se posó en un árbol y se quedó allí esperando hasta que por fin apareció el hombre que había puesto la trampa. Cuando lo oyó, el chacal se hizo el muerto. El hombre sonrió al verlo así.

—¡Ya te has muerto! Eso me ahorra el trabajo de tener que matarte, pero de todos modos toma esto por todas las gallinas que me robaste —le dijo, dándole unos cuantos palazos.

Luego abrió la trampa, sacó al chacal y lo arrojó un poco más lejos. El animal permaneció inmóvil. El hombre volvió a poner la trampa bajo las hojas dejando el cebo a la vista, y se alejó silbando. Apenas hubo desaparecido, el chacal se levantó. El perdigón lo estaba esperando en la rama desde la que había asistido a toda la escena.

—¡De buena te has librado! —le dijo el pájaro—. Y aunque no me hayas hecho reír, consi-

dero que estamos empatados, ya que el espectáculo que me has ofrecido ha sido excelente por la astucia que has demostrado.

—Eres muy generoso —respondió el chacal.

—Me toca a mí ahora proponer un reto —exclamó el perdigón—. Veamos cuál de los dos logra que el otro coma mejor.

El chacal y su amigo abandonaron el bosque. Vieron a una campesina que estaba llegando a su aldea. Llevaba una cesta con carne y pastelillos de miel sobre la cabeza.

—Acércate a ella sin que te vea —dijo el pájaro.

Luego fue a posarse en el camino revoloteando torpemente como si tuviera un ala rota. La campesina creyó que estaba herido y decidió atraparlo. Dejó su cesta y se acercó tendiendo las manos, pero el perdigón dio un salto y se le escapó. Cada vez que la campesina se aproximaba, el pájaro hacía lo mismo, alejándose más y más. Mientras tanto, el chacal se comía la carne y los pasteles. El pájaro acabó por irse volando. La mujer, decepcionada, regresó para recuperar su cesta. Cuando se agachó a recogerla, se dio cuenta de que estaba vacía. Miró furiosa a su alrededor y vio al

chacal alejándose. Comprendió entonces que había sido engañada.

El perdigón fue hasta donde se hallaba el chacal.

—¿Has comido bien?

—¡Siento que me va a estallar la panza!

—Ahora te toca a ti conseguirme una buena comida —dijo el pájaro.

A lo lejos había un felá sembrando trigo. Se le acercaron. El hombre había dejado una bolsa de semillas a un costado del campo, de donde cogía unas cuantas a cada rato.

—¡Esa bolsa es mía! —gritó el chacal.

El felá cogió un palo y se precipitó sobre el animal para ahuyentarlo. Este último dio un salto para alejarse y se detuvo un poco más lejos. El hombre lo perseguía, amenazándolo. El chacal se alejó aún más. Mientras tanto, el perdigón se hartaba de semillas.

—Ya he comido lo suficiente, no puedo más —le gritó al chacal.

Al oírlo, el chacal salió huyendo definitivamente del hombre. El felá regresó a su campo y se dio cuenta de que su bolsa estaba vacía.

El chacal y el perdigón se encontraron un poco más tarde.

—He comido como nunca antes —reconoció el pájaro.

—Entonces seguimos empatados —dijo el chacal.

El perdigón asintió. Desde entonces, los dos compadres se hicieron muy amigos y suelen encontrarse con gusto.



16. ¡Ay!



Marruecos



**«El malo siempre termina siendo víctima de su propia maldad»,
dice un dicho popular.**

Un hombre se había casado con una viuda a quien quería mucho. Ésta tenía un hijo de un primer matrimonio. El muchacho vivía con ellos pero no era feliz, ya que su padrastro lo odiaba.

Un día, la mujer preparó una pastilla* y el padrastro decidió sin ninguna razón que el muchacho no la probaría. Cuando iban a sentarse a almorzar, el padrastro le mandó a hacer unas compras.

—Ve corriendo al mercado —le ordenó— y trae un poco de pan, higos y un «ay».

El muchacho compró tres kesras* y un kilo de higos negros y luego se puso a buscar el «ay». Cada vez que entraba en una tienda para pedir uno, se burlaban de él. Como temía la ira de su padrastro, no se atrevía a volver a su casa. Iba así errando por las calles de la medina* cuando se topó con tres niños que habían encontrado un escorpión. Se divertían acercando el dedo índice lo más cerca posible del aguijón del animal y lo retiraban rápidamente gritando:

—¡Ay!

«He aquí lo que ando buscando», se dijo el chico.

Los niños le dieron el escorpión sin ninguna pega a cambio de una moneda. Era negro como los higos. El muchacho lo puso en la bolsa con la fruta y volvió muy satisfecho a su casa.

—Espero que hayas traído lo que te pedí —le dijo el padrastro.

—Sí...

—¿Has traído también el «ay»?

—Por supuesto.

—¿Y dónde está?

—Ahí, con los higos.

—Pues yo no lo veo —respondió el hombre, mirando dentro de la bolsa.

—Eso es porque es del mismo color que los higos o porque está debajo de ellos.

Intrigado, el padrastro decidió vaciar la bolsa. Metió la mano dentro, cogió un higo y lo puso sobre la mesa. Luego cogió otro e hizo lo mismo. En el momento de introducir la mano en la bolsa por tercera vez, el escorpión le picó...

—¡AAAYYYY! —gritó.

17. La ogresa



Argelia



En el Magreb,* como en el resto del mundo árabe, está muy mal visto que una mujer no tenga hijos. Y cuando da a luz por primera vez, es preferible que sea un varón. Este cuento nos explica que no hay que tratar de ser madre a cualquier precio.

Fatma llevaba diez años de casada y no había podido tener ni un solo hijo.

—Como sigas así, tu marido va a repudiarte* —le repetían a menudo su madre, sus hermanas y sus amigas.

El marido de Fatma era un fatalista. Creía que ya llegaría el feliz momento y nunca se le había ocurrido hacer el menor reproche a su mujer. Esto no impedía que Fatma se sintiera muy triste a veces. Había consultado a varios médicos de la ciudad y todos le habían aconsejado que tuviera paciencia.

—Con el tiempo todo se arregla —le había dicho uno de ellos.

Así, la mujer esperó y esperó, pero como nada ocurría, fue a ver a una hechicera. Sin embargo, sus brebajes fueron totalmente ineficaces. Entonces le dio por rezar, y, cinco veces al día, le suplicaba a Alá:*

—Dame ese hijo que tanto espero, y poco importa que sea una niña o un monstruo —repetía la mujer—. Lo importante es que consiga ser madre de una vez.

Alá acabó por concederle su deseo. La mujer quedó embarazada y, nueve meses después, nació una niña.

—Es el día más feliz de mi vida —dijo Fatma, llorando de alegría.

Su marido se sentía igualmente feliz, aunque hubiera preferido un varón. La niña tenía un apetito voraz. Cuanto más comía, más hambre tenía. Cuando la leche materna se agotó, hubo que recurrir a las ovejas de la familia, pero, muy rápidamente, la leche que daban ya no bastó, de manera que Fatma tuvo que agregar la leche de sus cabras y luego la de sus vacas.

La niña fue creciendo y con ella su apetito. Apenas empezó a hablar, exigió carne fresca. Fatma comprendió entonces que había dado a luz una ogresa. Como quería mucho a su hija, decidió guardar el secreto. Para poder alimentarla debió sacrificar sus ahorros y vender sus joyas. Cada día, a hurtadillas, iba a la ciudad y compraba la carne que exigía su hija.

A los siete años, la ogresa tenía el tamaño de una mujer adulta. Una noche en la que se sentía particularmente hambrienta, se levantó y devoró una oveja y una cabra en el corral de sus padres. Volvió a empezar a la noche siguiente y terminó yendo a casa de los vecinos para atacar a dentelladas a mulas, asnos y

caballos. Llegó incluso a tragarse un dromedario.

Los aldeanos, al darse cuenta de que faltaban algunos animales, decidieron hacer guardia. Una noche, el padre de la ogresa vio cómo su hija salía de la casa, se acercaba a una vaca, la degollaba y se la comía para luego volver a su cama. Al día siguiente habló con su mujer.

—He descubierto que nuestra hija es una ogresa.

—Hace tiempo que lo sé, pero no me atrevía a decírtelo —confesó Fatma.

—Tenemos que matarla —declaró el marido.

—Soy su madre —replicó la mujer—, y debes comprender que eso es imposible para mí.

El hombre fue a informar a los ancianos de la aldea, que se reunieron inmediatamente. Aconsejaron a los aldeanos que abandonaran el lugar lo antes posible.

—Es la única manera de no ser devorados como nuestros animales —dijeron a la gente.

Los aldeanos salieron huyendo, dejando sus casas. Las únicas que se quedaron fueron la ogresa y su madre. Ésta se ocupaba de los animales abandonados en los corrales por algu-

nos aldeanos que tuvieron demasiado miedo como para llevárselos. Cada día, la madre le daba varios animales a su hija, cuyo apetito aumentaba sin cesar, y ésta no tardó en comérselos a todos.

Cuando Fatma ya no tuvo nada para darle de comer a su hija, decidió huir, ya que temía ser devorada también. Una noche de luna llena, mientras su hija dormía profundamente, abandonó la aldea con los ojos llenos de lágrimas.

Se dice que la ogresa sigue recorriendo la comarca gritando que tiene hambre.



18. Mektoub



Túnez



**No puede uno quedarse esperando indefinidamente
que llegue su día de suerte.**

Cierto día, un anciano se dirigió al chacal.

—¿Por qué andas todo el tiempo robando?
—le preguntó.

—Es que necesito comer. ¿Cómo podría hacerlo sin robar?

—Espera que llegue tu día de suerte y ten confianza en el destino —aconsejó el hombre—. Si vives honradamente, te sentirás mucho más feliz.

—Pues trataré de hacerlo —respondió el chacal.

Y a partir de ese momento renunció a robar. Miraba pasar los rebaños de ovejas sin ceder a la tentación. Así pasó una semana. Al octavo día, dejó pasar un rebaño sin moverse. Pero un cordero se había quedado atrás. El chacal lo cogió y se lo llevó.

—¿Es así como esperas tu día de suerte?
—le reprochó el anciano.

—Como tardaba mucho en llegar y corría el riesgo de morirme de hambre esperando, preferí adelantarme —respondió el chacal.



19. La justicia



Argelia



«¿Qué es lo que hay más allá de la justicia? La equidad».

Un felá* vivía humildemente en su pequeña parcela de tierra sin meterse jamás con nadie. Un día, tuvo un altercado con un campesino rico a propósito del riego de unos campos. Éste era irascible¹ y abofeteó al felá, quien decidió demandarlo ante la justicia.

Unas semanas después, los dos hombres se encontraron frente al tribunal. El hombre rico fue el primero en entrar en el despacho del cadí,* le hizo un regalo y le contó su propia versión de los hechos.

—Muy bien —dijo el juez.

Luego le tocó al hombre pobre.

—¿Es usted quien ha demandado a este honorable campesino? —preguntó el cadí.

—Sí...

—Dígame qué es lo que le reprocha.

—Este hombre —explicó el demandante— vino a discutir conmigo por un asunto de agua y me dio una bofetada.

El juez reflexionó unos instantes.

—Pues bien —le dijo al felá—, la ley prohíbe golpear a los demás, y este campesino le debe a usted una reparación por haberlo hecho.

Cogió entonces el libro que tenía delante de él y fingió hojearlo.

—Por una bofetada, la indemnización se eleva a un kilo de trigo —declaró.

Esta sentencia satisfizo plenamente al rico, pero no así al pobre. Cuando el primero salió a comprar el trigo, el demandante fue hasta donde estaba el cadí y le dio una bofetada.

—Pero ¿está usted loco? —gritó el juez.

—No, pero llevo algo de prisa —le dijo el felá para disculparse—. Quédese pues con el kilo de trigo que el otro va a traer para mí. Corresponde a lo que debo darle yo a usted para reparar este gesto.



1. Propenso al enfado, violento.

20. El cordero de la Aid el Kebir



Marruecos



La dureza de la esposa del mercader de este cuento se explica quizá porque ha de tratarse de un casamiento decidido por la familia de la novia, como sucede a menudo en el Magreb.*

Un rico mercader había decidido aprovechar la fiesta de la Aid el Kebir* para poner a prueba a su esposa. Quería saber si podía contar realmente con ella en toda ocasión. Unos días antes de la fiesta, fingió estar triste y le dijo:

—De un tiempo a esta parte los negocios van muy mal y temo que no podamos comprar el cordero para la Aid.

—¡Qué vergüenza! ¿Qué van a decir los vecinos? —se lamentó la mujer antes de insultar a su esposo y tratarlo de inútil.

El mercader se sentía muy contrariado por la reacción de la mujer, pero no lo demostraba.

Al día siguiente, durante el almuerzo, le dijo:

—Esta misma mañana un pregonero anunció que el sultán* daría un cordero a todo el que consienta recibir cien garrotazos. ¿Qué te parece?

—¡Acepta esos garrotazos! —le aconsejó de inmediato—. Sólo tendrás que pasar un mal momento y además no te morirás. Debes ir al palacio real sin demora, pues quizá no haya suficientes corderos para todo el mundo.

El marido aceptó. Cuando iba a abrir la puerta para marcharse, su mujer lo detuvo.

—¡Espera! —le dijo.

El hombre tenía la esperanza de que ella hubiera tomado conciencia de su dureza. Estaba convencido de que lamentaba ya sus palabras y que le anunciaría que prefería renunciar al cordero para evitarle los garrotazos.

—¿Tienes algo más que agregar? —preguntó el marido.

—Sería aún mejor que aceptaras recibir doscientos garrotazos, ya que así podrías obtener otro cordero para mi madre.



21. El felá, su familia y la vampiresa



Marruecos



Muchos seres humanos no tienen bastante para comer y luchan para sobrevivir. En algunos casos, a estas dificultades cotidianas se agrega la amenaza de las vampiresas.

Un modesto felá* vivía en una casa de adobe¹ junto a su mujer y sus dos hijos. El mayor era inteligente y muy listo. El menor tenía tiña en la cabeza y no paraba de rascarse, además de ser un poco tonto.

El felá nunca volvía a su casa con lo suficiente para alimentar a su familia y, varias veces por semana, la cena se limitaba a un poco de pan con aceite de oliva. Su mujer no aceptaba aquella miserable condición y así, un día, decidió tratar de ganar un poco de dinero. «Prefiero mendigar a seguir muriéndome de hambre», se dijo.

Aprovechó la ausencia de su marido para salir con sus dos hijos. Los tres marcharon hacia la ciudad vecina. Caminaban muy deprisa, a pesar del calor y del polvo. Era casi mediodía cuando se detuvieron cerca de una gran higuera de tuna que estaba al borde del camino. Los frutos erizados de finas espinas eran difíciles de coger. Una anciana que volvía a un aduar* vecino apoyándose en su bastón se detuvo para

ayudarlos. La madre fue abriendo los frutos con un cuchillo que llevaba. Y los dos chavales se hartaron de higos bien maduros.

—¿Por qué están tan flacos tus hijos? —preguntó la anciana.

—Así lo quiere Alá* —suspiró la madre.

—Parece que estos pobrecitos suelen pasar hambre. Te mostraré un lugar en el que encontrarás donde comer gratuitamente. Pero antes debes prometerme que no le dirás a nadie que fui yo quien te llevó hasta allí.

—Te lo prometo —dijo la mujer, que iba detrás de la anciana con sus hijos.

Se dirigieron hacia una colina, que bordearon. Detrás de ella había una casa muy grande rodeada de palmeras.

—Es aquí —dijo la anciana, alejándose rápidamente.

La puerta de la casa estaba abierta.

—Esperadme aquí fuera —dijo la madre a sus niños.

La casa pertenecía a una vampiresa que, a esas horas, debía de andar cazando. Había montones de comida en cada aposento. La madre cogió una cesta redonda y la llenó de sémola, de harina, de diversas legumbres y de

1. Masa de barro mezclado a veces con paja, moldeada en forma de ladrillo y secada al aire, que se emplea en la construcción de paredes o muros.

dátiles. Luego la colocó encima de su cabeza y regresó a su casa con sus hijos. Aquella noche preparó un verdadero festín. Su marido, al regresar, se sintió intrigado por el exquisito aroma que salía de la casa.

—¿Y de dónde ha salido toda esta comida? —preguntó.

Como su mujer no le respondía, el felá montó en cólera y comenzó a elevar la voz.

—Mamá la cogió en una casa muy grande —le respondió, rascándose, el hijo menor.

—¿De qué casa se trata, niño tiñoso?

—La casa que está rodeada de palmeras...

—¿Y dónde está esa casa?

—No lo sé.

—¡Indicadme dónde se encuentra esa casa! —gritó el hombre.

—Detrás de una colina, cerca del camino que lleva a la ciudad —le explicó su hijo mayor.

—Mañana mismo me llevaréis hasta allí —dijo el padre, ya más tranquilo.

Partieron al día siguiente. Como en la víspera, la casa estaba abierta y no había nadie en ella. La mujer llenó rápidamente de comida la cesta que había llevado.

—Sírvete de prisa antes de que lleguen los dueños —aconsejó a su marido mientras salía apresuradamente.

En lugar de escucharle, éste se puso a visitar cada rincón de la casa. Luego comenzó a comer. Se sentó y cogió una naranja, un puñado de dátiles y varios cuernitos de gacela.* Comenzó a imaginar que aquella casa le pertenecía. Se entretuvo tanto que la dueña de la casa acabó por sorprenderlo. Era una vampiresa horrible, un ser monstruoso con largos dientes acerados, enormes garras puntiagudas y una cabellera tan abundante que la iba arrastrando por el suelo. Muy enfadada por haber encontrado al hombre allí, lo cogió por la nuca y lo sacudió violentamente.

—¿Por qué has entrado en mi casa?

—Es que tenía hambre y la puerta estaba abierta...

—Ésa no es razón para que te introduzcas en mi casa. Pero ¿quién te ha enseñado el camino?

—Fue mi mujer.

—¿Y dónde está?

—Ha vuelto a casa.

—Pues bien, me vas a llevar hasta ella —ordenó la vampiresa, montándose sobre la espalda del felá.

Pesaba tanto que al pobre hombre le costaba mucho caminar. Al ver llegar tan curiosa cabalgadura, la mujer del felá comprendió que la situación se estaba poniendo fea. Hizo señas a su marido para que pasara de largo y alejara a la vampiresa de su casa. Pero el hombre tenía tanto miedo que continuó avanzando hacia su hogar.

—¿Es tu mujer? —le preguntó la vampiresa.

—Sí...

—¿Por qué gesticula tanto?

—Es para darte la bienvenida.

Apenas hubo entrado en la casa del felá, la vampiresa cogió todas las mantas y se acostó tras amenazar con devorar a padres e hijos si alguien intentaba huir.

—¡Os hallaré allí donde os encontréis, no lo dudéis!

Cuando se despertó al día siguiente, se dirigió a la madre.

—Voy a salir —le dijo—. Durante mi ausencia, cocinarás a tu hijo mayor y me lo comeré a mi regreso.

La pobre madre era incapaz de cometer un acto tan cruel. «¿Dónde podré encontrar algo de carne para salvar a mi hijo?», se preguntó angustiada. Y recordó que el día anterior había visto el cadáver de un dromedario cubierto de moscas a la salida del pueblo. Fue corriendo a cortar un trozo de carne y se lo llevó a su casa. Mientras lo cocinaba, despejó el trastero en el que su marido guardaba sus herramientas para esconder a su hijo mayor.

—No hagas ningún ruido si no quieres que te devoren —le aconsejó.

Al volver, la vampiresa se precipitó con apetito sobre la comida que le estaba esperando.

—¡Está delicioso! Mañana cocinarás al menor —le ordenó.

—¡Ten piedad! —le suplicó la madre, fingiendo—, ¡no quiero sacrificarlo así!

—¡A callar! —gritó la vampiresa.

La madre hizo lo mismo que el día anterior. Cogió otro trozo de carne del cadáver del dromedario, lo cocinó y escondió al tiñoso en el trastero. A la vampiresa le encantó la comida.

—Mañana te comeré a ti. Vas a cocinarte a ti misma.

—Pero eso es imposible —protestó la pobre mujer.

—¡Debes obedecerme! —le gritó la vampiresa amenazante.

Al tercer día, la madre preparó otro trozo de dromedario y se escondió junto a sus hijos. La vampiresa se dio una panzada.

La mañana del cuarto día la vampiresa ordenó al felá que reemplazara a su mujer y se cocinara a sí mismo. Luego se marchó. El infeliz ignoraba la estratagema utilizada por su esposa, ya que se hallaba ausente cada vez que ésta había cocinado. Cogió una olla enorme, la llenó de agua y la puso en el fuego. Cuando el agua empezó a hervir, el hombre intentó colocarse dentro de la olla, pero el vapor hirviente lo hizo retroceder. Lo intentó nuevamente, pero acabó por renunciar.

—¡Oh, pobre esposa mía! ¡Si estuvieras aún aquí, podrías darme un consejo! —gimió.

Su mujer, que le estaba escuchando desde su escondite, decidió intervenir.

—Nunca has sido muy listo —le reprochó.

—¿Eres tú? —le respondió temblando—. Entonces, ¿no estás muerta?

—Tranquilízate. Aún pertenezco a este mundo y nuestros hijos también. Apresúrate y ve a la salida del pueblo. Allí encontrarás el cadáver de un dromedario. Trae la carne que queda y cocínala para la vampiresa.

El felá siguió el consejo de su mujer y se escondió con los suyos en el trastero. Como había puesto la carne en la olla demasiado tarde, ésta estaba aún un poco cruda cuando llegó la vampiresa, quien, disgustada, dijo:

—Maldito felá, no cocinas tan bien como tu mujer.

Al escuchar esto, el felá se sintió herido y se puso a protestar sin pensar en el peligro que corría.

—Es culpa tuya. No debías haber regresado tan pronto —le dijo.

La vampiresa, sorprendida primero y furiosa después, hizo salir a todo el mundo del escondite.

—Mañana me quedaré aquí y cocinarás a tus dos hijos delante de mí —le dijo a la madre—. Y ahora, todos a la cama.

Ahora sí que no había salvación. La mujer del felá esperó a que la vampiresa se durmiera para despertar a sus hijos. Les ordenó que huyeran

sin hacer ruido. Una vez despierta, la vampiresa no los perseguiría si los padres se hallaban aún en la casa. La madre decidió sacrificarse junto con su marido, y por eso no lo despertó.

La noche era clara. El mayor corría tan rápido como podía, llevando de la mano a su hermano, el tiñoso, quien no paraba de gemir. El desierto no estaba lejos. Acabaron por alcanzarlo y se toparon con un campamento de caravaneros. Fueron bien recibidos y pudieron comer y dormir en la tienda de campaña reservada a los hombres.

Al día siguiente contaron su aventura a los caravaneros, y éstos les propusieron irse con ellos. Los dos hermanos aceptaron. Pero el tiñoso tenía una idea fija que lo aterrorizaba: estaba convencido de que la vampiresa los perseguía y creía verla a cada instante. Así se convirtió en el hazmerreír de todos.

Una mañana, la caravana se detuvo para pasar dos días cerca de un oasis. El tiñoso cogió un plato de cuscús* y se alejó del campamento, a pesar de los gritos de su hermano mayor, que lo llamaba.

—¡Este plato es mío, y ay de quien quiera cogérmelo! —repetía mientras corría.

Acabó por sentarse a pleno sol y se puso a comer solo. De pronto llegó una mosca y se puso a revolotear a su alrededor.

—Si te atreves a tocar mi cuscús, te aplasto —le dijo.

La mosca se posó sobre el plato. El tiñoso arrancó su turbante e intentó aplastarla con él, pero falló y la mosca se fue volando. Entonces abandonó su plato sobre la arena caliente y persiguió al insecto agitando el largo trozo de tela blanca.

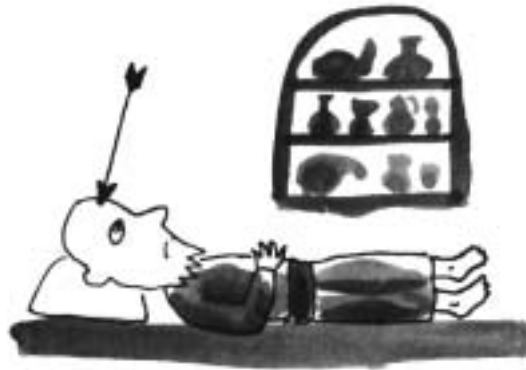
Por la noche, alrededor de la hoguera, cuentan en el Magreb* que el tiñoso fue tan lejos persiguiendo a la mosca que llegó hasta un reino en el que se convirtió en bufón del sultán.* Su hermano mayor adoptó la ruda vida de los caravaneros. Se casó con la hija de uno de ellos y, después de haber tenido muchos hijos, hizo con su mujer la peregrinación a La Meca.* En cuanto a los padres, que se habían quedado con la vampiresa, el cuento no dice si ésta se los comió.



22. Un hombre sin cerebro



Túnez



Es mejor pensárselo bien antes de tomar una decisión importante.

En tiempos lejanos, un ejército extranjero sitió la capital de un reino del Magreb.* El sultán* ordenó a sus tropas que intentaran salir para liberar la ciudad. Un hombre rico e importante quiso unirse a los soldados. Lo aceptaron.

Los hombres salieron y entraron en combate más allá de las murallas. El rico recibió un flechazo en el cráneo que lo derribó del caballo. Tras la victoria, el médico del sultán asistió al herido.

—Si retiramos lentamente la flecha, corremos el riesgo de retirar al mismo tiempo un trozo de cerebro, y el infeliz morirá —dijo el médico a su asistente—. Si, en cambio, logramos retirarla de un golpe seco, este hombre sobrevivirá.

—No corro ningún riesgo, aun cuando intentéis retirar la flecha lentamente —señaló el herido—, porque no tengo cerebro.

—¿Cómo es posible?

—Es muy simple: de haberlo tenido, no habría solicitado participar en el combate.



23. El león, el chacal y el gorrión



Argelia



¿De qué argucia va a valerse esta vez el chacal
para engañar al rey de los animales?

Hacía varios días que el león cojeaba. El chacal se dio cuenta de ello.

—Parece ser que te cuesta caminar —le dijo.

—En efecto, me duelen las patas —se quejó el león.

—Deja que te ayude, te aseguro que pronto vas a estar curado.

El león aceptó y siguió lentamente al chacal. Llegaron cerca de un corral en el que había unas vacas.

—Necesito ésta —explicó el chacal, señalando la más gorda—. Con su piel, te haré unas vendas que te aliviarán.

A pesar de sus dolores, el animal logró dar un salto y matar a la vaca, que arrastró penosamente hasta su cueva.

—Comamos un poco —propuso el chacal—. Luego te curaré.

—Después del esfuerzo que acabo de realizar, ya no me quedan fuerzas para comer —dijo, gimiendo, el león.

—Voy a ocuparme de ti inmediatamente.

El chacal cortó la piel de la vaca en largas tiras, que enrolló alrededor de las patas del león ajustándolas muy bien. Luego cosió sólidamente cada una de las vendas.

—Échate ahora sobre tu espalda y pon las patas al sol. Cuando las vendas se hayan secado, tus dolores comenzarán a desaparecer.

El león obedeció y se quedó esperando sin moverse a pleno sol. Mientras tanto, el chacal cortaba la vaca en pedazos que iba llevando a su casa. Cuando hubo acabado, les dijo a sus vecinos:

—El león está enfermo. Deberíais visitarlo.

Al día siguiente, varios animales fueron hasta su cueva. Lo encontraron en un estado deplorable. Las tiras de piel de vaca habían encogido al secarse. Comprimían las patas del animal y lo hacían sufrir atrozmente. El infeliz ya no podía levantarse ni tampoco caminar.

—Alguno de vosotros debe conocer un remedio que me alivie —rugió el león.

Nadie se atrevió a proponer algo. Como insistía, una paloma, que quería vengarse de uno de sus enemigos, dijo tímidamente:

—He oído decir que la sangre de erizo es muy eficaz para aliviar los dolores de patas.

—Gracias por tu consejo —dijo el león.

El erizo llegó un poco más tarde, después de que la paloma se fuera.

—Gracias a la paloma me he enterado de que tu sangre es un remedio excelente contra los males que me aquejan —le dijo el rey de los animales.

—Eso es muy cierto —confirmó el erizo—. Cinco gotas de mi sangre permiten curar muchas enfermedades, pero siempre que se mezclen con un poco de seso de paloma.

—¿Estarías dispuesto a sacrificar un poco de tu sangre por mí?

—Por supuesto, si eres tú quien me lo pide —respondió el erizo.

El león ordenó entonces que le quitaran las vendas, pero estaban tan bien cosidas que ninguno de los animales presentes logró hacerlo.

Al día siguiente, el gorrión tuvo una idea. Llenó su pico de agua y la derramó encima de las vendas. Hizo muchos viajes entre la cueva y el ued* para mojar bien el cuero, que acabó por ceder. Pudo entonces coger los hilos y cortarlos. Luego lo ayudaron a desenrollar las tiras y a liberar sus patas.

—Me siento mejor, pero aún me duele —dijo el león antes de darle las gracias al gorrión.

Como estaba muy cansado, el rey de los animales se concedió un poco de reposo.

Al despertar decidió probar el remedio que le había sugerido el erizo. Miró a su alrededor y encontró lo que buscaba.

—Acercaos —ordenó al erizo y a la paloma.

Los dos obedecieron. El león mató de un zarpazo a la paloma. El erizo sacó una fina espina de cactus que felizmente llevaba consigo, y se pinchó con ella varias veces. Brotaron cinco gotas de sangre, que el león se apresuró a recoger de un lengüetazo, y después se tragó la cabeza de la paloma.

Las patas del animal sanaron sin que nadie supiera nunca si la curación se debía al remedio aconsejado por el erizo. Una vez en pie, el león quiso vengarse del chacal. Se lo cruzó en el campo unas semanas más tarde. Dio un salto para devorarlo, pero sólo logró atraparle un pedacito de cola.

—A partir de ahora, te reconoceré entre todos gracias al trozo de cola que te falta —rugió el león.

Al día siguiente, dio la orden de juntar a todos los chacales de la región. No bien se enteró de esto, el chacal que tenía la cola cortada dijo a sus congéneres:

—El león está buscando un chacal que tiene la cola muy larga. Me han dicho que su intención es matarlo. Aquellos que quieran escapar a la muerte deben imitarme y sacrificar un trozo de cola.

Eso fue lo que hicieron todos los chacales. El león se vio entonces ante la imposibilidad de reconocer a aquel que tanto daño le había hecho y renunció a su venganza.



24. Cuatro, cinco o seis



Argelia



Los únicos que no saben contar hasta cinco son los asnos.

Baha se había levantado al amanecer para ir al zoco.* El día anterior, su tío le había dado dinero para que comprara cinco asnos. Partió a pie, llevando consigo un poco de pan y algunas aceitunas que se fue comiendo por el camino. Al llegar al zoco, pidió un té a la menta.

Había muchos animales para vender. Ovejas, cabras, asnos, mulas, dromedarios y caballos estaban juntos y sufrían, como los hombres, por el calor agobiante, el polvo y las innumerables moscas. Baha pasaba de un grupo de asnos a otro y se detenía a mirar los que le interesaban. Cuando elegía uno, le pedía al mercader que abriera la boca del animal para ver en qué estado se encontraban sus dientes. Luego regateaba el precio durante un buen rato.

Al mediodía, Baha poseía cinco asnos jóvenes y robustos, y con ellos se alejó del zoco muy satisfecho. En el camino de regreso, se sintió cansado. Montó sobre una de las bestias para descansar. Al cabo de un rato, tuvo la impresión de que le faltaba un asno. Contó los animales: uno, dos, tres, cuatro. Faltaba uno. Volvió a contar y le seguía faltando uno. Muy

disgustado, le dio al asno con los talones y se fue a la izquierda y a la derecha antes de mirar hacia atrás, sin vislumbrar al asno que faltaba. De pronto vio a un felá* y le pidió ayuda.

—He comprado cinco asnos en el zoco y acabo de perder uno —le explicó tristemente.

El felá contó en voz alta.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. ¿Has contado el asno en el que estás montado?

—No —respondió Baha—, pero ¿cómo puedes encontrar seis si sólo he comprado cinco?

—Simplemente porque tú eres un asno entre los asnos —dijo irónicamente el felá alejándose.

Avergonzado, Baha siguió su camino con los animales y no le contó a nadie lo ocurrido.



25. Las pruebas



**Dar pruebas de generosidad puede a veces llevarle
a uno a casarse con una princesa.**

Youssef era hijo único. Vivía solo en casa de sus padres, después de que una terrible epidemia diezmará¹ a la población de las diferentes tribus de la región, incluyendo a su familia, amigos y vecinos.

Era pobre pero trabajador, inteligente y generoso. Para olvidar su triste destino, decidió abandonar su aldea. Vendió los pocos corderos que tenía, cerró su casa y confió la llave al único amigo que le quedaba.

—El mundo es inmenso, ya encontraré un lugar donde pueda vivir mejor que aquí —le dijo al despedirse.

Se marchó a pie. Como no estaba acostumbrado a caminar, los primeros días le resultaron penosos. Pero al cabo de unas semanas, ya hacía etapas cada vez más largas. Casi siempre dormía al aire libre o en casa de aquellos que le ofrecían su hospitalidad, y muy rara vez en las posadas.

Un día se detuvo a almorzar debajo de un eucalipto. Cerca del árbol había un hormiguero. Las hormigas no tenían nada que comer y así se lo hicieron saber a Youssef. Éste cogió

uno de los panes que había comprado poco antes y se lo dio a las hormigas tras cortarlo en pedacitos. Las hormigas se hartaron de comer. En agradecimiento, le dieron las patas de una de ellas que acababa de morir.

—Si necesitas ayuda, háznoslo saber echando una pata al fuego. Acudiremos de inmediato.

Youssef sonrió, pensando que nunca las necesitaría, pero conservó las patas en un pañuelo que anudó antes de seguir viaje.

Al día siguiente se topó con una mona que estaba con sus pequeños.

—Hace varios días que no comemos —le dijo la mona.

Youssef fue al pueblo, compró una bolsa de cacahuets y se la dio.

—Toma esta mata de pelo y consérvala. El día en que te encuentres en apuros, arrójala al fuego y de inmediato acudiremos en tu ayuda, mis congéneres y yo —le explicó la mona.

El muchacho se lo agradeció y se fue. La semana siguiente, cuando ya había anochecido, vio una lechuza sobre la rama de un árbol.

—Tengo un ala herida —ululó el pájaro—. Ya no puedo cazar y mis pequeños están muy hambrientos.

1. Causar la muerte de un gran número de personas.

Youssef había cogido una pequeña liebre para cenar. Abrió su bolsa y se la ofreció a la lechuza. El pájaro se arrancó una pluma con el pico y se la dio a su benefactor.

—Si quieres obtener mi ayuda, quema esta pluma.

—Gracias —le respondió el muchacho, que aquella noche debió conformarse con unos pocos dátiles.

Una tarde, pasó delante de una colmena. Las abejas no tenían nada que comer. Les dio un recipiente con miel y recibió a cambio el aguijón de una de ellas.

—Cuando lo quemes, sabremos que necesitas nuestra ayuda.

Youssef siguió viajando varias semanas más antes de llegar a una gran ciudad. Era la capital de un reino cuyo sultán* deseaba casar a su hija. Para obtener la mano de la princesa, había que pasar varias pruebas muy difíciles. Si el infeliz pretendiente fracasaba, era decapitado. Varios jóvenes habían sido ya decapitados en la plaza del palacio real. Esto no desanimó a Youssef, quien se presentó ante el soberano.

—Vengo a pedirlos la mano de vuestra hija —dijo, haciendo una reverencia.

—Para obtenerla debes pasar tres pruebas.

—¿Cuáles, Majestad?

—La primera consiste en separar granos de trigo y de cebada que han sido mezclados —explicó el sultán—. Dispondrás de una noche para hacer dos montones diferentes. Al amanecer, un guardia vendrá a ver si lo has logrado.

Al caer la noche, Youssef fue conducido hasta un patio aislado del palacio en cuyo centro habían derramado las semillas que había que separar. Varias antorchas iluminaban el lugar. El muchacho se estremeció al ver la enorme cantidad de granos. Pero ya era tarde para echarse atrás y puso manos a la obra. Muy rápidamente se dio cuenta de que le sería imposible cumplir con su cometido en una sola noche. Abandonó su trabajo y se puso a pensar. De pronto se acordó de las hormigas. Desanudó el pañuelo en el que se encontraban las patas que le habían dado. Cogió delicadamente una entre el pulgar y el índice, la acercó a una antorcha, dudó un instante y sin creérselo demasiado la quemó. La llama se avivó. Creció y creció hasta producir mil destellos cegadores. Youssef se sintió temeroso y mara-

villado al mismo tiempo. De pronto la llama volvió a ser la misma de antes, mientras el suelo del patio se cubría de hormigas. Youssef les explicó lo que quería. De inmediato comenzaron a separar los granos. Eran tantas que el trabajo avanzó muy deprisa. Cuando ya todo estuvo listo, las hormigas se marcharon sin despertar al muchacho, que se había quedado dormido. Al amanecer, un guardia lo despertó sacudiéndolo.

—Al sultán le sorprenderá saber que has pasado la primera prueba —le dijo.

Algunas horas después, Youssef fue recibido por el monarca.

—Te felicito por lo que has hecho —le dijo—. La segunda prueba consiste en cosechar los dátiles en el gran palmeral real que se encuentra al sur del palacio. Dispones de todo el día para realizar esta tarea. Un guardia te conducirá al palmeral e irá a buscarte al atardecer.

Una vez que se encontró solo, el muchacho recogió algunas palmas² secas e hizo una pequeña hoguera. Arrojó a las llamas la mata de pelo de la mona. Las llamas crecieron y se

elevaron produciendo una humareda de la que surgió la mona. Youssef le indicó lo que deseaba. La mona batió palmas y surgieron cerca de un centenar de monos, cada uno más ágil que el anterior. Treparon a las palmeras y terminaron la cosecha en pocas horas.

Al día siguiente, el sultán felicitó al joven, y después le habló de la tercera prueba.

—Deberás cubrir de blanco todos los tejados del palacio durante la noche —le dijo.

No bien se hubo ocultado el sol, Youssef quemó la pluma de la lechuza, que se posó inmediatamente a su lado. Le dijo lo que quería el sultán. El pájaro ululó un buen rato y sus congéneres surgieron por millares. Cuando se enteraron de lo que se les pedía, depositaron sobre los tejados del palacio las plumitas más blancas de su plumaje. Eran tan blancas que, al despertar, la familia real tuvo la impresión de que había estado nevando toda la noche.

—Eres muy bueno —declaró el sultán—. Puesto que has triunfado en las tres primeras pruebas, has salvado el pellejo. Te concedo la mano de mi hija. Pero sólo será tuya si logras reconocerla durante una fiesta que organizaré mañana en tu honor. La princesa estará entre

2. Hoja de la palmera.

las mujeres de mi familia y todas llevarán el mismo velo y las mismas ropas.

Youssef hizo una reverencia ante el monarca y se retiró al aposento que le habían atribuido en una de las dependencias del palacio real. Encendió una vela, cogió el aguijón que conservaba en un pañuelo y lo quemó. Apareció una abeja.

—Te escucho —le dijo.

—Tienes que encontrar a la hija del sultán entre todas las mujeres con velo que participarán en la fiesta de mañana.

—Voy a pasearme discretamente por el palacio para reconocerla. Y mañana, me posaré sobre su cabeza para indicarte cuál es —le dijo el insecto.

Al día siguiente, el muchacho pidió al sultán la autorización para subirse encima de los sillones del gran salón para poder ver a todos los asistentes. La orquesta comenzaba a tocar cuando la abeja pasó zumbando al lado de Youssef. Éste la siguió con la vista y vio que se posaba sobre el velo que recubría la cabeza de una de las mujeres. Ésta debió de sentirla, pues la espantó con la mano. La abeja revoloteó unos instantes sobre los invitados y volvió a

posarse sobre la misma cabeza. Luego salió volando y desapareció. El muchacho se acercó a la princesa y la designó ante el sultán.

—He aquí vuestra hija, Majestad —le dijo.

—En efecto —dijo el padre, sonriendo—. Vas a convertirte en mi yerno.

Las bodas se celebraron el mes siguiente y las festividades en la capital duraron siete días y siete noches. Al único amigo de Youssef que quedaba vivo le avisaron demasiado tarde para poder asistir al casamiento. No pudo visitarlo hasta el año siguiente. Se sintió tan bien en la capital que terminó instalándose allí y se casó con una prima de la princesa, sin tener que someterse a las mismas pruebas que Youssef.



26. El cazador perspicaz



Túnez



¿Es necesario que la gula y la mentira sean castigadas tan duramente como en este cuento?

Un hombre vivía en una región en la que había caza abundante y se ganaba la vida gracias a ella. Vendía lo que cazaba en los zocos* o directamente a los aldeanos que le encargaban liebres, codornices o perdices.

Un día volvió con varias liebres y decidió comerse una con su mujer. Mientras ésta limpiaba la piel del animal para curtirla, el cazador preparaba la comida. Puso la liebre en una olla, agregó cebolla y patatas y dejó el recipiente sobre el fuego.

—Voy a ver a los clientes de la otra aldea para entregarles algo —dijo a su mujer—. Vigila la olla para que no se pegue.

Unas horas después, el cazador volvió cansado y hambriento.

—Sentémonos ya a la mesa —dijo.

La mujer puso la olla cerca de un gran pan redondo, sobre la mesa en la que se había sentado su marido. Cuando levantó la tapa, el hombre vio sorprendido que las patatas y la cebolla habían desaparecido. Su mujer se las había comido y sólo quedaba la liebre.

—¿Dónde están las verduras que yo había puesto en la olla? —dijo asombrado.

—Se las ha comido la liebre —respondió la mujer.

—Tengo sed —dijo el marido, conteniendo su enfado—. Ve a buscar agua al aljibe del jardín.

Mientras su mujer estaba fuera, cogió el pan, lo puso contra su pecho, hundió en él un gran cuchillo y con un rápido movimiento circular lo cortó en dos pedazos idénticos que dejó sobre la mesa. Puso todos los trozos de la liebre encima de uno de ellos y los recubrió con el otro antes de esconderlo todo en un armario.

—Aquí tienes el agua fresca —dijo su mujer al volver.

—Gracias —refunfuñó el hombre.

—Pero ¿dónde está la liebre? —preguntó, al ver la olla vacía.

—Pues fíjate, cogió el pan y salió corriendo.

—¿Cómo es posible?

—Bien has visto tú que se comió las patatas y la cebolla —replicó su marido.

La mujer se encogió de hombros y se marchó...

Al día siguiente, el cazador volvió con una perdiz. Le dijo con orgullo a su mujer que

pesaba dos libras,¹ y le pidió que la preparase. Luego salió.

La mujer puso el ave en el fuego y la preparó. Cuando ya estaba lista, cogió el muslo y se lo comió. La carne estaba sabrosa. Se comió el otro muslo, y luego las dos alas, y acabó por comérsela toda.

Cuando su marido regresó, le sirvió sólo un plato con cuscús.*

—¿Y dónde está la perdiz?

—La preparé y cuando ya estaba lista la dejé sobre una fuente. Mientras estaba preparando el cuscús, el gato se la comió.

—¿Dónde está ese animal? —preguntó el hombre.

—Durmiendo, en la cocina.

El cazador se levantó, cogió la balanza con la que solía pesar los animales que cazaba y puso el gato encima de ella. El animal era joven. No pesaba más de dos libras, es decir, igual que la perdiz.

—Estamos frente a dos hipótesis —dijo el marido con el gato en la mano—. O esto es una perdiz de dos libras y ya me explicarás tú

dónde está el gato, o reconoces que esto es un gato y me dices dónde está la perdiz. Estarás de acuerdo en que si el gato se la hubiera comido, pesaría cerca de cuatro libras.

—¡Que Alá* me cubra de vergüenza! —respondió la mujer agachando la cabeza—. Me la he comido yo. No pensé que pudieras ser tan perspicaz.

El cazador no hizo ningún comentario. Pero unas horas después repudió* a su mujer.

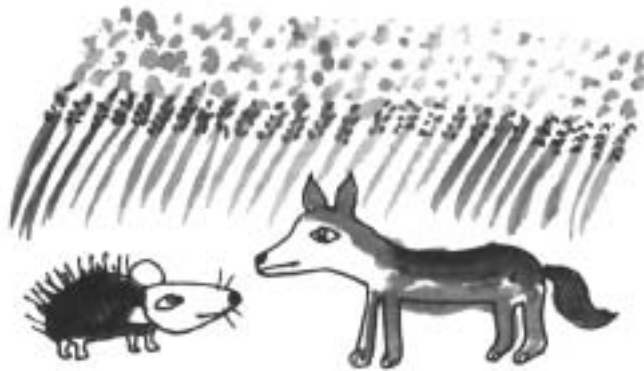


1. Una libra equivale a 500 gramos aproximadamente.

27. El chacal y el erizo



Argelia



En este cuento, el erizo demostrará
que no es tan estúpido como parece a primera vista.

Un chacal y un erizo habían plantado zanahorias. Cuando llegó el momento de recogerlas, el chacal quiso repartirlas.

—¿Prefieres lo que está bajo tierra o lo que sale de ella?

Tentado por las bellas hojas verdes, el erizo respondió:

—Lo que sale de la tierra.

Cortó las hojas y llenó varios sacos. Pero eran tan amargas que no pudo comerlas.

El chacal desenterró las zanahorias. Eran dulces y se alegró de haber podido engañar a su compañero tan fácilmente.

En otra ocasión, el chacal y el erizo plantaron trigo. Cuando estuvo maduro, el erizo, recordando su experiencia anterior, se apresuró a elegir lo que se hallaba bajo tierra. El chacal aceptó de inmediato. Al verse nuevamente engañado, el erizo protestó:

—Siempre te llevas lo mejor cuando yo he trabajado tanto como tú. ¡Es realmente injusto!

—¡Pero si siempre te dejo elegir a ti! ¿Cómo te atreves a protestar? —respondió el chacal, fingiendo sorpresa.

Y para demostrar su buena voluntad, propuso atribuir el trigo al más veloz de los dos.

Pensaba que así no corría ningún riesgo, pues sabía que corría mucho más rápido que el erizo.

—Vamos a hacer una carrera —dijo—. Iremos desde este montón de piedras a aquella higuera que se encuentra al final de este campo. El que llegue primero se queda con todo el trigo.

—Hace demasiado calor para andar corriendo ahora —señaló el erizo—. Prefiero que hagamos la carrera temprano, mañana por la mañana.

El chacal aceptó. Durante la noche, el erizo fue a ver a sus hermanos y les pidió que se colocaran a lo largo del recorrido. Así lo hicieron, de madrugada. Un poco después llegaron los dos corredores. El cuervo, con un graznido breve, dio la señal de salida. El chacal se puso a correr. De nada valía que corriera cada vez más rápido: siempre veía al erizo delante de él. En la llegada también había uno, bajo la higuera. El chacal tuvo que reconocer que había perdido, sin comprender cómo había ocurrido. Así, el erizo se quedó con todo el trigo.

Tras la carrera, el chacal sintió sed.

—Vamos a beber algo —propuso.

Los dos compadres fueron hasta una granja vecina en la que había un aljibe.

—¿Y cómo haremos para beber? —preguntó el chacal.

—Hay que bajar hasta el fondo del pozo —dijo el erizo—. Te enseñaré. Mira, basta con sentarse en uno de los dos cubos. Cuando uno baja, el otro sube. Cuando yo esté abajo y haya terminado de beber, te llamaré. Entonces tirarás de la cuerda para hacerme subir.

Ya en el fondo del aljibe, el erizo bebió hasta saciarse. Luego dio voces:

—¡Ea, amigo! Ya he bebido lo suficiente. Súbeme.

—Quédate donde estás —le respondió riendo el chacal.

Entonces el erizo se puso a contar:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

—¿Qué estás contando?

—Los corderos y las cabras que hay a mi alrededor.

—¡Ahora mismo voy para allá! —exclamó el chacal saltando muy deprisa en el segundo cubo.

Como era más pesado que el erizo, bajó muy fácilmente, haciéndolo subir al otro. Los dos compadres se cruzaron.

—No me has esperado —dijo el chacal sorprendido.

—Prefiero salir ya.

Ni que decir tiene que el chacal no halló ni cabras ni corderos en el fondo del aljibe.

—¿Y cómo hago ahora para volver a subir? —preguntó.

—Ya te sacarán las mujeres de la casa cuando vengan a buscar agua —respondió el erizo antes de marcharse.

Eso fue, en efecto, lo que ocurrió. Subieron al chacal creyendo que el cubo estaba lleno de agua. Al verlo, se pusieron a gritar, y la mayor le zurró con un palo antes de que el animal lograra escapar. Luego se topó con el erizo, que estaba segando el trigo.

—¿Has podido beber lo suficiente? —le preguntó este último.

—¡Sí! Pero de paso también me zurraron.

—Lo esencial es que sigues vivo.

—¡Tengo hambre! —dijo, quejándose, el chacal.

—Yo también.

Y salieron juntos a cazar. Poco después, vieron un cordero en un campo. Como no había ni pastor ni perro en los alrededores, el chacal

lo atacó y lo mató. Devoró toda la carne que pudo, y después se echó en una fosa para hacer la digestión. El erizo se puso a comer, pero dejó algo para el día siguiente. Guardó un poco de grasa de cordero de reserva entre sus púas.

A lo largo de la semana siguiente, los dos compadres no hallaron ninguna presa. El erizo cogió entonces un poco de lo que había guardado.

—¿Qué puedo hacer para calmar el hambre? —dijo el chacal plañidero.

—Yo busco entre mis púas. Tú debes buscar en tu estómago.

—¡Pero si lo tengo vacío!

—Y, sin embargo, ¡bien lleno estaba el otro día! —le respondió el erizo con ironía.



28. La mujer, el asno y el chacal



Marruecos



A veces el chacal debe pagar muy caras las jugarretas
que hace a los demás.

Una mujer se hallaba embarazada y vivía muy feliz junto a su marido. Pero éste murió algunas semanas después de que su niña naciera. La mujer la tuvo que criar sola. Cuando su hija estuvo en edad de casarse, varios pretendientes de la misma aldea se presentaron. La madre los rechazó a todos. Acabó por aceptar a un hombre vecino de otra aldea. La muchacha se casó con él y se marchó a la casa de éste.

Unos meses después, la madre quiso volver a ver a su hija. Se levantó temprano, colocó un gran cesto a cada lado de su asno, apretó bien las correas que los sostenían, puso una vasija llena de mantequilla en el primero y un cordero en el segundo. Así se marchó, llevando el animal delante de ella. En el camino, se topó con un chacal que cojeaba.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Se me ha infectado una pata —dijo el chacal quejándose—, déjame montar en tu asno.

—Eso es imposible. Ya lleva demasiada carga —replicó la mujer.

—No debe de pesar demasiado —dijo el asno—. Déjalo que se suba.

La mujer cogió al chacal y lo puso en el cesto que contenía la vasija. Como el animal tenía hambre, no tardó en abrirla. Tras haberse comido la mitad de la mantequilla, lanzó un gran suspiro de satisfacción.

—¿Quién llama? —preguntó la mujer intrigada.

—Es el primo de la mitad —respondió burlón el chacal.

Poco después volvió a suspirar.

—¿Quién llama esta vez?

—El primo del fondo —respondió el chacal, que había acabado con la mantequilla.

Al rato pasaron delante de una higuera llena de frutos. La mujer decidió detenerse allí. Arrancó algunas hojas para su asno, cogió algunos higos y fue a sentarse sobre una piedra. Estaban maduros y muy dulces. Mientras la mujer comía con gusto, el chacal abandonó el cesto en el que se encontraba para pasar al otro, donde estaba el cordero. Paralizado por el miedo, el pobre murió sin siquiera gritar. Cuando la mujer retomó el camino con su asno, vio la sangre del cordero que chorreaba a través del cesto.

—¿De dónde sale esta sangre? —preguntó inquieta.

—Es el absceso de mi pata, que se ha reventado —explicó el chacal.

No bien se hubo comido la mitad del cordeiro, suspiró nuevamente de satisfacción.

—¿Quién llama? —preguntó la mujer.

—El primo de la mitad —respondió el chacal mientras seguía comiendo.

Cuando hubo terminado, se relamió y, hartado, lanzó un ruidoso suspiro.

—¿Quién me está llamando? —volvió a preguntar la mujer.

—Nadie —dijo el chacal riéndose a carcajadas—. Soy yo, muy satisfecho por el festín que tan gentilmente me has ofrecido.

Y sin esperar más, saltó del cesto y huyó. La mujer se fijó en los dos cestos y se dio cuenta de que su vasija estaba vacía y su cordero había desaparecido.

—Ese maldito animal —exclamó enfurecida— se comió todo lo que llevaba para mi hija. ¿Cómo voy a llegar con las manos vacías? No me queda más remedio que dar media vuelta.

Y luego, dirigiéndose al asno, dijo:

—Todo esto es culpa tuya. Si no me hubieras pedido que pusiera al chacal en el cesto, nada de esto habría ocurrido. Debes encontrar

a ese animal y traérmelo si no quieres que te apalee.

El asno salió a buscar al chacal mientras la mujer regresaba a su casa. Era su día de suerte, ya que lo vio al día siguiente en el campo. Lo siguió hasta su madriguera, se echó delante de la entrada y se hizo el muerto. Al salir, la mujer del chacal exclamó:

—¡Alá* es grande! Nos envía con qué alimentar a nuestros pequeños.

—Hay que esconder esta carne cuanto antes si no queremos que nos la roben —dijo el chacal.

—Voy a atarte la cola a la del asno y sólo tendrás que tirar de él para ponerlo a buen resguardo —le propuso su mujer.

El chacal asintió. Apenas la hembra hubo anudado las dos colas, el asno se puso de pie y salió al galope, arrastrando tras de sí al chacal. Así llegó rápidamente a casa de su ama. Ésta lo felicitó, y después desató al chacal y lo molió a palos, de tal manera que éste acabó con todo su pelaje ensangrentado. Aun así, el animal logró escapar, más muerto que vivo, y se dirigió a su madriguera. En el camino, se topó con su mujer, que estaba buscándolo.

—Por Alá —le dijo ella, que no lo había reconocido—, tú, que llevas un caftán* rojo, ¿no habrás visto a mi marido atado a la cola de un asno?

—A tu marido lo tienes delante de tus narices —murmuró el chacal, antes de caer desmayado.

En cuanto a la mujer, como no tenía con qué comprar la mantequilla y el cordero, tuvo que esperar varios meses antes de volver a ver a su hija.



29. El marido y sus dos esposas



Túnez



La poligamia es fuente de muchos males.

Un hombre se había casado con dos mujeres. Éstas no se llevaban bien, sentían celos y reñían sin cesar. Incluso acabaron por echarle la culpa a él. Y aunque el infeliz las trataba con equidad,¹ nunca estaban contentas. Hiciera lo que hiciera, cada una le decía que estaba favoreciendo a la otra.

Un viernes, los tres se sentaron en unos almohadones alrededor de un gran cuscús* que estaba en la mesa del salón. Estaban comiendo directamente de la fuente, cuando una de las mujeres se dirigió de pronto a su marido:

—Estás comiendo de mi lado para que a ella le toque más que a mí —dijo, quejándose.

El hombre prefirió no responder y continuó su almuerzo sirviéndose del otro lado de la fuente. Esto disgustó a la segunda esposa, quien se lo reprochó. Furioso, el marido dejó de comer. Abandonó su sitio, se echó sobre la alfombra del salón, cogió la fuente de cuscús y la colocó sobre su pecho.

—¡Poneos una a mi izquierda y otra a mi derecha y comed! —dijo, deseando que una de ellas se atragantara.

Las mujeres devoraron ávidamente la sémo-la, la carne y las verduras. A veces una de ellas paraba de comer para respirar y la otra comía entonces aún más deprisa. La fuente se aligeraba del lado de la más rápida y se inclinaba hacia el otro lado.

—Sigues ayudándola al inclinar la fuente hacia ella —le reprochó la más tragona a su marido, que no tenía ninguna culpa.

Mientras ésta hablaba, su rival tragaba el doble, de modo que la fuente se inclinó del otro lado.

—¿Cómo puedes decir eso cuando en realidad está inclinando la fuente hacia ti? —protestó la segunda esposa.

Ya harto, el marido se levantó, arrojando la fuente sobre la alfombra.

—Yo quería ser un león servido por dos leonas y me he convertido en la presa de las hienas furiosas —dijo, dejando que las mujeres limpiaran la alfombra del salón.



1. Sin favorecer a una ni a otra.

30. El garbanzo mágico



Argelia



**La más insignificante de las legumbres puede poseer
a veces poderes insospechados.**

Un chaval había sido secuestrado y vendido como esclavo. Lo metieron en un barco y lo mandaron más allá de los mares para trabajar en casa de un rico terrateniente. Vivió a su servicio, en compañía de otros esclavos ya mayores. Al igual que ellos, estaba obligado a cumplir tareas muy pesadas bajo la vigilancia de unos guardias que no dudaban en golpearlos.

Así transcurrieron varios años. El chaval se había convertido en un muchacho muy guapo. Su condición de esclavo le pesaba cada vez más y pensaba a menudo en huir. Había imaginado incluso un plan de evasión y estaba esperando el momento oportuno para llevarlo a cabo. Pero como el destino había decidido otra cosa, no pudo hacerlo.

Estaba un día labrando un campo y aplicándose para cavar unos surcos paralelos cuando vio un garbanzo entre dos montículos de tierra. Ese garbanzo pertenecía a su amo. El guardia de servicio lo observaba distraídamente, recostado en una higuera, y había acabado por adormecerse. El muchacho aprovechó la ocasión para detener su arado y recoger el garbanzo. Lo frotó contra su túnica para limpiarlo

antes de comérselo. Se disponía a tritularlo con sus dientes cuando el garbanzo exclamó:

—Si no me comes, no te arrepentirás, pues sabré recompensarte.

—¿Y qué podría hacer por mí un garbanzo como tú? —respondió sorprendido el esclavo.

—Podría simplemente hacerte feliz, ya que tengo el poder de satisfacer todos tus deseos.

Una sonrisa iluminó el rostro del joven.

—Pues bien, quisiera ser dueño de la magnífica mansión de mi amo y ser transportado con ella hasta la ciudad en la que nací.

Apenas terminó de decir esto, su sueño se hizo realidad. La mansión se hallaba ahora en un vasto jardín que dominaba el mar. El joven colocó el garbanzo en un cajón y salió. La ciudad no había cambiado mucho. Se dirigió hacia el barrio en el que había vivido antes de convertirse en esclavo. Esperaba encontrar a sus padres. Pero, en el camino, se topó con un antiguo vecino que le anunció la desaparición de éstos, ocurrida unos meses antes. Se preguntó si el garbanzo tenía el poder de resucitarlos. Pero renunció a hacerlo porque era muy creyente. Ni nada ni nadie podía ir contra la voluntad de Alá.*

Mientras tanto, el rico terrateniente andaba buscando su garbanzo mágico. «¿Dónde pude haberlo dejado?», se preguntaba mientras recorría su propiedad con los ojos clavados en el suelo. Terminó por abandonar la búsqueda hasta el día siguiente. La pérdida del garbanzo lo había perturbado tanto que pasó varias veces delante del lugar donde debía encontrarse su mansión antes de darse cuenta, horrorizado, de que ésta había desaparecido.

—He visto salir volando tu mansión con el joven esclavo asomado a una de sus ventanas —le informó su mayordomo.

El terrateniente comprendió entonces que su esclavo había encontrado el garbanzo mágico. «Estoy seguro de que habrá vuelto a su país, y haré lo que sea para encontrarlo», se dijo.

Unas semanas después, disfrazado de mercader ambulante, se embarcó en una nave que salía para el país de su esclavo. Al llegar, se alojó en una posada, y a continuación recorrió la ciudad en busca de la casa que le había robado el joven. Acabó por encontrarla. Se acercó a su imponente portón de madera de cedro decorado con enormes clavos, levantó la

mano de cobre que brillaba al sol y dio tres fuertes golpes.

El muchacho había salido. Como acababa de casarse con una bella joven, fue ella quien abrió. Observó atentamente los diferentes artículos que le ofrecía el mercader, eligió unas cintas bordadas de oro y preguntó cuánto costaban.

—Vengo de un país en el que todo se paga con garbanzos —explicó el mercader.

—¡Con garbanzos! —respondió sorprendida la joven—. ¡Pero no tengo ninguno, y quiero estas cintas!

—Con uno solo bastaría, incluso uno muy pequeño, viejo y seco.

—Recuerdo haber visto uno en el fondo de un cajón donde mi marido conserva pequeños objetos inútiles. Si con eso basta, te lo daré.

Y se fue a buscar el garbanzo, que entregó al mercader. Éste se lo agradeció, y se alejó rápidamente. «Al fin he encontrado mi bien máspreciado», se dijo satisfecho, y disimuló el garbanzo bajo su lengua. Luego formuló un deseo:

—Quisiera volver a mi país junto con mi casa y la mujer que allí vive.

Lo que pedía se cumplió inmediatamente. Cambió sus ropas de mercader ambulante por otras magníficas y se dirigió a la mujer, que no comprendía nada de cuanto ocurría.

—Tu marido no es más que un ladrón —le dijo—. Debes saber que durante mucho tiempo fue mi esclavo y que se apropió de mi mansión gracias a un garbanzo mágico que me había robado y que tú, cándidamente, me has devuelto.

—Tú también eres un ladrón, puesto que me has raptado —replicó la mujer—. Amo a mi marido yagas lo que agas, le seré fiel.

Cuando el muchacho volvió, se encontró con la desagradable sorpresa de no encontrar ni su mansión ni a su esposa. Unos vecinos le contaron que un mercader ambulante, que quería que le pagaran con garbanzos, había estado hablando con su mujer poco antes de que desapareciera la mansión. El infeliz comprendió lo que había pasado y se sintió invadido por un profundo desánimo. Creía haberlo perdido todo. Pero en el jardín donde ya no quedaba ninguna huella de la casa, se encontraban aún su perro, su gato y una paloma mensajera. Se puso a acariciarlos con la vista

perdida en el mar y unas lágrimas brillaron en sus mejillas. El perro, el gato y la paloma se sintieron conmovidos por la tristeza de su amo.

—¿Quizá podamos hacer algo para ayudarte a encontrar a tu esposa? —propuso el pájaro.

El muchacho sonrió.

—Creo que se encuentra del otro lado del mar —dijo, antes de hablar del garbanzo mágico que debía recuperar si quería aprovechar sus poderes y sobre todo privar de ellos al raptor de su bien amada.

La paloma fue la encargada de buscar informaciones. Voló a través de los mares. Llegó a la otra orilla y tardó varios días en encontrar la mansión. Esperó hasta que la muchacha se encontrara sola en una de las terrazas para posarse y hablarle.

—Vengo de parte de tu esposo —dijo el pájaro—. Está muy preocupado por ti y quiere que regreses con él. Para lograrlo, necesita saber dónde está escondido el garbanzo mágico.

—El hombre que me raptó lo conserva debajo de la lengua.

Al volver, la paloma contó lo que había visto.

—Si pudiera ir allí —dijo el gato—, podría recuperar rápidamente el garbanzo.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó el perro.

—No tengo alas como la paloma y le temo demasiado al agua para ir nadando.

—Pues te subirás en mi lomo y seré yo el que nade —propuso el perro.

Y así lo hicieron. Una vez que hubieron atravesado el mar, el gato entró por una ventana en la mansión donde estaba la muchacha prisionera. Vio que, durante su ausencia, los ratones se habían multiplicado muy deprisa. Esperó que llegara la noche, escondido bajo un sofá, y cuando todo el mundo se fue a dormir, se puso a cazar. Mató un gran número de ratones, y los abandonó allí mismo sin devorar ni uno solo. Su comportamiento intrigó a los roedores. Uno de ellos, más valiente que los demás, se atrevió a acercarse a él.

—Parece que no estás cazando para comer, sino simplemente para sembrar el terror —le dijo.

—Estoy decidido a mataros a todos si no me dais el garbanzo que el amo de esta casa esconde bajo su lengua —les dijo amenazante.

—¿Es todo cuanto quieres? —inquirió el ratón.

—Sí.

—¿Prometes dejarnos vivir en paz si te traemos lo que pides?

El gato respondió afirmativamente. El ratón se reunió con sus congéneres y les dijo lo que sabía. El más listo de entre todos fue designado para llevar a cabo la misión. Fue hasta la cocina y metió la cola en un gran bote de pimienta gris. Luego caminó por un largo pasillo que llevaba a los aposentos del propietario del garbanzo. Se desplazaba con mucho cuidado para no perder demasiada pimienta por el camino. Entró sin hacer ruido en la habitación, trepó a la cama, se acercó al rostro del hombre y le pasó la cola por la nariz. El hombre estornudó varias veces antes de expulsar el garbanzo, que salió rodando por el suelo de mármol.

De un salto, el ratón lo recogió y fue a llevárselo al gato. Sin perder tiempo en agradecimientos, el felino corrió a juntarse con el perro, que lo estaba esperando a orillas del mar.

—¿Has logrado recuperar el garbanzo mágico? —le preguntó.

—¡Por supuesto! —exclamó el gato dándoselo.

El perro se lo puso en la boca mientras el gato se le subía al lomo. Cruzaron nuevamente los mares en la dirección opuesta. Estaban ya a punto de llegar cuando el perro, viendo su propio reflejo en el agua, creyó que otros perros iban a atacarlos. Abrió la boca para defenderse y el garbanzo cayó al agua. Un pez lo vio y se apresuró a tragárselo. De un salto el gato clavó sus uñas en el cuerpo del pez y lo mantuvo prisionero entre sus patas delanteras. Sin ellas, le era imposible nadar y comenzó a hundirse. El perro se dio cuenta de ello. Se sumergió, cogió a su compadre por la piel del pescuezo y lo sacó a la superficie. Luego se puso a nadar, manteniéndolo fuera del agua, y logró dejarlo sobre una playa de arena. Esperaron hasta estar secos y le llevaron el pez a su amo, que los estaba esperando en compañía de la paloma.

—¿Lo habéis logrado? —preguntó el muchacho.

—¡Sí!

—Pero ¿dónde está el garbanzo mágico?

—Se lo ha tragado este pez —le explicaron.

El muchacho le abrió el vientre y recuperó el garbanzo. Lo limpió frotándolo con su túnica, y pidió un deseo.

—Haz que vuelva mi esposa bien amada y constrúyenos una mansión más bella aún que la de mi antiguo amo.

Obtuvo inmediatamente lo que quería. Escondió con mucho cuidado el garbanzo mágico en un lugar que sólo él conocía y vivieron felices el resto de sus vidas.



Glosario



Aduar: conjunto de tiendas de campaña dispuestas en círculo por los árabes nómadas.

Aid el Kebir: fiesta durante la cual los musulmanes degüellan un cordero para recordar el sacrificio de Abraham.

Alá: Dios para los musulmanes.

Albornoz: vestimenta de hombre, de lana, con capucha, que usan los árabes.

Alikoum salam: «En ti la paz». Saludo empleado a cualquier hora del día o de la noche para responder a «As salam ou alikoum».

As salam ou alikoum: «La paz en ti». Saludo empleado a cualquier hora.

Atlas: cadena montañosa del norte de África.

Bab Jedid: puerta nueva.

Cadí: magistrado musulmán que cumple funciones civiles, judiciales y religiosas.

Caftán: vestimenta oriental, amplia y larga, a menudo con ricos ornamentos.

Corán: libro sagrado de los musulmanes, palabra de Alá transmitida por Mahoma a través del arcángel Gabriel. Se compone de 114

capítulos. Es el fundamento de la religión musulmana.

Cuscús: comida típica magrebí, hecha con sémola en grano y salsa, servida con carne o verduras.

Dote: suma de dinero que el hombre paga al casarse a los padres de la novia en los países musulmanes.

Eunuco: hombre castrado que custodiaba el harén (aposento de las mujeres en los países musulmanes).

Felá: campesino.

Gacela (cuerno de): pastel oriental en forma de cuerno.

Islam: religión y civilización musulmanas. El islam fue fundado en el siglo VII en Arabia por Mahoma.

Kesra: pan redondo y chato.

Magreb (el Poniente): África del Norte (Marruecos, Argelia y Túnez).

Mahoma (o Mohamed): el islam dice que es el último profeta. Recibió la palabra de Alá escrita en el Corán gracias al arcángel Gabriel.

Meca (La): ciudad santa de Arabia Saudí a la que van cada año millones de peregrinos musulmanes.

Medina: en el Magreb, el casco viejo de una ciudad, en oposición a los barrios más recientes, de origen europeo.

Musulmán: quien profesa la religión de Mahoma. Adepto al islam.

Pastilla: plato marroquí a base de palomo, dulce y con aromas de canela.

Repudiar: echar a una mujer, rompiendo el contrato matrimonial. En los países musulmanes, el hombre puede echar a su mujer por propia decisión.

Sultán: rey.

Tubkal: montaña de 4.165 metros, la más alta del Atlas, en Marruecos.

Ued: río.

Versículo: cada una de las divisiones numeradas de un capítulo del Corán, de la Biblia o de un libro sagrado.

Yuyús: gritos de alegría lanzados por las mujeres árabes.

Zoco: plaza del mercado.



Jean Muzi

Jean Muzi nació en Casablanca. Tras pasar su infancia en Marruecos, estudió Literatura, Cine y Artes Plásticas en París. Le encanta viajar y conoce muy bien el mundo árabe. Tiene dos hijos.

Durante mucho tiempo concibió y dirigió películas comerciales o pedagógicas. Hoy en día se orienta hacia el cine documental. Hombre de imágenes, también es amante de las palabras. Sus actividades oscilan entre la escritura y el cine. Ha trabajado mucho sobre el cuento tradicional y sigue haciéndolo, escribiendo al mismo tiempo textos más personales. Es un apasionado de la fotografía, el collage y el fotomontaje.

Se encuentra con sus lectores en las bibliotecas, las escuelas o los institutos. Le encanta intercambiar opiniones con éstos y leerles los textos que acaba de escribir. El placer de leer se mezcla con la necesidad de comprobar las reacciones del público. Anima también talleres de escritura. Varios de sus libros han sido traducidos al español, al portugués y al italiano.

Omar Emilio Sposito (traductor)

Nació en Buenos Aires (Argentina). Reside desde hace muchos años en Francia, donde ejerce la docencia universitaria como profesor *agrégé* de Letras y Civilización Hispánica. También es poeta.



Índice



Prólogo	9	17. La ogresa	63
1. La campesina, el erizo y el gallo	11	18. Mektoub	67
2. Las argucias femeninas	15	19. La justicia	69
3. El asno, el campesino y su hijo	21	20. El cordero de la Aid el Kebir	71
4. Los dos ladrones y la mantequilla ...	23	21. El felá, su familia y la vampiresa	73
5. El león y el dromedario	25	22. Un hombre sin cerebro	79
6. El felá testarudo	29	23. El león, el chacal y el gorrión	81
7. El gorrión	31	24. Cuatro, cinco o seis	85
8. La astucia del erizo	35	25. Las pruebas	87
9. La esposa del sultán	39	26. El cazador perspicaz	93
10. El mal aliento	45	27. El chacal y el erizo	97
11. Un día de suerte	47	28. La mujer, el asno y el chacal	101
12. El cadí y las perdices	49	29. El marido y sus dos esposas	105
13. El chacal y la cabra	53	30. El garbanzo mágico	107
14. Los dos hermanos y el cordero	55		
15. El chacal y el perdigón	57	Glosario	113
16. ¡Ay!	61	Jean Muzi y Omar Emilio Sposito	117



30 cuentos del Magreb **Jean Muzi**

Estos treinta cuentos del Magreb no conocen fronteras: han viajado mucho y a veces resulta difícil saber si son marroquíes, tunecinos o argelinos.

En ellos se relacionan y se enfrentan hombres, animales y seres fabulosos. Los débiles y oprimidos ganan a los poderosos gracias a la astucia o la inteligencia. Estos cuentos se burlan de la estupidez y elogian la generosidad.

30 cuentos para descubrir el alma del Magreb.

Ilustraciones de Frédéric Sochard

